

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE PERIODISMO

MEMORIA DE TITULO

PROFESORA GUÍA: FARIDE ZERÁN CH.

RETRATOS DEL "RETTIG"

Historias familiares del pasado para leer el presente



CLAUDIA BARUDY G.

OCTUBRE 2001

En honor a Jorge Efraín Barudi Videla. Bravo personaje de barba blanca y bastón en mano que conoció a fondo estas historias y trabajó duro para evitar un número aún mayor de ellas.

Nuestros agradecimientos a...

Alfredo, Loreto y Lolo por lo mucho que nos queremos.

The Clinic, por el regreso de las ganas que ha significado estar con todos ustedes.

Luka, juntas son dinamita

Pato P, el más ordenado de los diseñadores chilenos

Queti, Hilda y Paz, fieles y entusiastas colaboradoras

índice

introducción.....	01
Cecilia Labrín.....	07
Tucapel Jiménez.....	11
Mario Juica.....	16
Patricio Guarategua.....	20
Fernando Navarro.....	24
Jenny Barra.....	28
Vicente García.....	32
Sergio Gutiérrez.....	36
Sergio Peña.....	41
Sergio Tormen.....	45
Carlos Carrasco.....	49
Patricio León.....	54
Nalvia Rosa Mena.....	57
Luis Guajardo.....	61
Raúl Valdés.....	65
Francisco Lara.....	69
Lincoyán Berríos.....	73
Alfredo Rojas.....	76
Marcelo Concha.....	80
Jacqueline Drouilly.....	83

Bernardo Lejderman y Rosario Avalos.....	87
Alejandro Parada.....	91
Augusto Carmona.....	95
Juan Chacón.....	99
Carmelo Soria.....	103
conclusión.....	107
bibliografía.....	110
anexo.....	112

introducción

Espejo de letras

Necesitamos ir hacia estas historias. Estas historias necesitan entrar por nuestros oídos.

Pasión, furor por hacer, por vivir, por discutir acaloradamente, por exhibir hacia afuera lo que uno era o soñaba ser. Eso fuimos los chilenos en algún momento. Algo muy alejado del mutismo actual en el que se desconfía, se analizan ventajas y desventajas, antes de compartir el más pequeño anhelo. La ruta que une el pasado y el presente estado de nuestra sociedad, incluye en su trayecto un hondo y oscuro túnel, donde todos perdimos el ímpetu, de donde todos salimos con un gesto diferente pintado en el rostro. En ese túnel quedaron olvidadas las pasiones, o por lo menos ahí fueron acalladas. En una entrevista aparecida el 14 de julio de este año en la Revista Sábado de El Mercurio, el poeta Armando Uribe acusa: "El golpe de Estado tuvo como objetivo por una parte destruir el estado histórico chileno y por otra, hacer que se disgregara la sociedad civil en Chile. Lo que es muy grave es que esto ha seguido así durante los últimos 11 años"...

Uno de los principales objetivos que se planteó el primer gobierno de la transición en nuestro país, fue el de registrar en un sólo documento todos los detalles de la muerte y desaparición de personas en Chile durante los años de la dictadura militar. El arduo trabajo de muchas personas a lo largo de todos esos años, se vio

recopilado en el denominado Informe Rettig que en el año 1991 presentó la Comisión de Verdad y Reconciliación al Presidente Patricio Aylwin.

El registro contiene listas que especifican nombre, edad, ocupación y fecha de desaparición o muerte de 3196 personas y recopila además toda la información que se logró obtener acerca de cómo fueron detenidos y cuál fue su destino posterior, en algunos casos.

Se habla de cifras, lugares de detención, métodos de tortura. Se recuerdan fechas de muerte, edades, cuantas tapaduras tenía, qué hueso se había fracturado cuando chico... No basta con la identificación osamenta-nombre. Más allá de obtener dicha rotulación - de obvia importancia- a esta sociedad le urge saber a quienes pertenecieron esos huesos, qué vida llevaban... El historiador Alfredo Jocelyn Holt, apunta al respecto en su libro "El Chile Perplejo: del Avanzar sin transar al Transar sin Parar": " La historia de este país implica sacudones emotivos, pasiones que algunas veces se sintieron y luego desaparecieron, se olvidaron, contuvieron, o bien, simplemente se eliminaron o silenciaron... Si estos siniestros son elocuentes es porque han dejado fisuras dolorosas (...) Cabe, por tanto, rastrearlos, captarlos en el espejo, detectarlos en nuestro propio rostro y en la fachadas que improvisamos después que ha caído todo. En fin, no queda más alternativa que volver sufrirlos, claro que esta vez como historia, como recuento".

Poner este espejo ante el rostro de Chile es labor fundamental del periodismo en este lugar del mundo y es lo que se propone este trabajo. Somos nosotros quienes

debemos ir a recoger esas vidas perdidas en el túnel y ponerlas en el lugar que les corresponde dentro de nuestra memoria histórica.

A nivel nacional, se ha hecho un duro trabajo de recopilación de datos, se ha enumerado las víctimas e incluso, identificado algunos victimarios. Hemos cuantificado bastante. Ahora falta, urge hablar. Conocer la historia de esos rostros que deambulan por los tribunales chilenos. De las caras que desfilan en carteles y pancartas o van prendadas en una solapa que se resiste a dejarlos.

Son quienes portan estas historias sobre sus hombros los que poseen la llave que puede desbloquear la memoria colectiva. Son estas personas quienes conocen las historias que necesitan ser oídas y que necesitamos instalar en nuestras propias existencias, los espejos donde debemos mirarnos para saber de qué estamos hechos, para comprendernos. Y es labor del periodismo construir los pasadizos que conecten estos únicos relatos con aquel vacío que ha dejado la amputación sufrida, ir contra a la "compulsión al olvido" de la cual habla el sociólogo Tomás Moulián en "Chile actual, Anatomía de un mito": " El bloqueo de la memoria es una situación repetida en sociedades que vivieron experiencias límites. En ellas, esta negación respecto al pasado genera pérdida del discurso, la dificultad del habla".

Destrabando leguas, recuperando memoria

Este espejo construido de letras y recuerdos personales, busca hacer foco en las vidas de aquel pedazo de pueblo que nos fue arrancado de cuajo. Para esto se ha acudido a los recuerdos que quedan entre los suyos, a los relatos cotidianos, a todos los indicios del paso por esta tierra que quedan relegados bajo el papeleo judicial, perdidos entre la ineludible burocracia que llevaría a la justicia. Ir tras estas historias significa entrar en contacto con intimidades hechas trizas, recolectar recuerdos atesorados por años. Por esta razón, el trabajo está pensado como una recopilación de historias individuales, en las cuales cada entrevistado será el relator que hará entrega de su tesoro.

Las conversaciones que dieron forma a estos relatos intentaron en todo momento esquivar la muerte, exprimir de toda esta amargura, lágrimas con un sabor más cercano al dulce que al salado, recopilar los imborrables momentos de sus vidas más que las terribles circunstancias de sus muertes.

Conocer estas vidas, los rastros que ellas dejaron en quienes estuvieron cerca suyo, nos lleva de regreso al túnel, a recorrer cada poro del cráter desierto que dejó la eliminación de chilenos en manos de otros chilenos, cada dibujo de la cicatriz tras la amputación.

Muchos de los que circulamos hoy día por Chile ni siquiera topamos nuestros días con los de nuestros detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Otros sí son sus contemporáneos, pero aún así no han empalmado sus propias historias de vida con una memoria colectiva que incluya esta herida.

Hay un hoyo. Está hecho de 2071 muertos y 1185 cuerpos que nos faltan, pero sobre todo está hecho -por lo menos- de 3196 vidas llenas de ganas, que no conocimos y que tenemos urgencia de descubrir si deseamos reconstruirnos y reconocernos con satisfacción ante el reflejo que nos entregue este espejo que no miente.

El registro de crónicas que sigue a continuación está lleno de vida y pretende conformar una suerte de mapa en el cual los chilenos podremos acercarnos a ese territorio perdido, a ese gran pedazo de país que nos falta, que se nos arrebató.

María Cecilia Labrín Saso

Flor de lola

por Olivia Saso, su mamá

Fulgurante lola setentera, María Cecilia Labrín Saso, andaba siempre a mil por hora. Su mamá, Olivia, se alegraba la vida con esta hija-confidente, que cambiaba constantemente de "look". Un día rubia, otro morena, pelucas, tintura y tijeras de por medio. Claro que nada de eso era simple moda, sino que se trataba de una ingeniosa forma de camuflaje que utilizaba "Daniela", que era su chapa en el MIR. El 4 de agosto del 74 fue detenida. Si alguien se topó con ella en Cuatro Álamos, seguro que no la ha olvidado. No sólo por su crecida barriga de cuatro meses de embarazo sino también, por los chocolatitos que brotaban mágicamente de su inseparable morral y se repartían mano a mano con minuciosa cautela.

"Doña remolino"- como le decía yo- siempre andaba haciendo fiesta, metiendo chispa, conciliando cualquier tipo de desavenencia familiar. Ni siquiera se le cayó la sonrisa cuando el papá, que era su ídolo, se fue de la casa con otra mujer. "No te preocupís Gorda, me decía, si igual nos arreglamos. Tenemos la casa, y yo voy a estudiar para sacar a delante a la familia. "

Andaba muy coqueta, chinchosa con sus minifaldas, sus collares y el morral que se había comprado en un local de desechos militares en San Bernardo. No se

separaba ni para dormir de ese bolso y usaba esas falditas hasta para ir a dar exámenes a la universidad. Me acuerdo que una profe le decía la "potifalda".

La Ceci fue la mayor de mis hijas mujeres, así que nos tocó compartir hartas confidencias. Me contaba sus pololeos capítulo a capítulo y yo también aprendí a abrirme y desahogar con ella las penas que tenía atoradas desde que mi marido se fue de la casa.

Era muy regalona mi hija. Me acuerdo que no le gustaba la carne de vacuno.

Siempre me pedía que le trajera un pescadito y yo, que llegaba muerta de cansada del trabajo, igual me las arreglaba para cocinárselo.

Un par de veces ella intentó hacerse cargo de la cocina. "Te voy a esperar con la comida lista", me decía. Apenas entraba al pasaje yo ya sentía el olor a quemado.

No tenía paciencia mi hija. Yo le explicaba mil veces que había que cocer primero las papas, después las arvejas y al final el pescado que era más blando. Pero, ella echaba todo junto en un olla y ponía el fuego super fuerte para que se cociera más rápido. Después se iba a leer y se olvidaba de todo.

Tenía su pieza llena de libros. La primera vez que vinieron unos tipos a interrogarla a la casa los tuve que hacer pasar por que Cecilia estaba en cama con tres meses de embarazo. Cuando entré con ellos a su habitación, ella había escondido todos sus libros debajo de la cama. Yo lo encontré tan raro...

La verdad es que no entendía nada de lo que pasaba. La Ceci me explicaba que había mucha efervescencia política y que esas personas venían a preguntarle unas cosas.

Nunca me imaginé que todos esos chiquillos que se juntaban en mi casa a conversar sentados en el suelo, podían tener algo que ver con política. Yo, entre mi trabajo y la casa, ni siquiera me enteré que existía el MIR.

El 4 de agosto del 74 volvieron los de las preguntas. Esta vez se la llevaron. Dijeron que la traerían de vuelta en media hora. "Voy y vuelvo, Gorda", me dijo ella. No llegó más. Empecé a buscarla por todos lados. Fui a Carabineros y un teniente de apellido Rubio me dijo que la tenía la DINA. ¿Quién es la Dina?, le pregunté ¿Qué señora es esa?, le dije.

-No, señora. La DINA, es un organismo encargado de hacer averiguaciones políticas.

-Pero, si la Ceci no tiene nada que ver con política

- Algo tendrá que ver, pues señora.

Sólo supe que estuvo detenida en Londres 38 y después en Cuatro Álamos. Alguna niñas que estuvieron con ella me han contado que siempre andaba sonriendo, mostrando su guatita y que les había alegrado esos día con unos chocolatitos que sacaba escondidos de su morral. Es que en ese tiempo mi niña ya estaba trabajando como Asistente Social en Hucke, así que siempre andaba con algo rico para convidar.

Tucapel Jiménez Alfaro

Tucapel & Tucapel

por Tucapel Jiménez, hijo.

El 25 de abril del año 2001, Tucapel Jiménez Fuentes enfrentó un momento muy complicado. A través del noticiero Medianoche de Televisión Nacional, Carlos Herrera Jiménez, el asesino confeso de su padre, le hizo llegar una grabación en la que se mostraba arrepentido y le solicitaba perdón. El hijo de Tucapel Jiménez Alfaro, líder sindicalista asesinado el 25 de febrero de 1982, supo mantener la calma y afirmó que el perdón no estaba en sus manos sino en las de Dios. En la siguiente crónica Tucapel hijo recuerda a Tucapel padre, un alegre colocolino, campeón en puntualidad y siempre preocupado de mantener en su lugar cada uno de sus rebeldes cabellos.

- ¡¡Cabo de guardia!! ¡¡Levantarse!!

A las 7 en punto entraba mi papá a la pieza. Con su grito militar hacía su mejor esfuerzo para despegarme de la cama. Me tiraba las sábanas y partía al baño. En media hora estaba de vuelta: Levantarse!!!

Se levantaba a las seis y media, se leía todos los diarios, se engominaba bien el pelo y se ponía un gorro de lana encima para lograr dominar al cien por ciento sus mechaz tiezas. Andaba con el famoso gorro hasta que partía a trabajar.

Yo me quedaba pegado a la almohada y tenía que salir al trote porque mi viejo era sumamente puntual. Un par de veces me quedé abajo del auto, entonces me hacía el loco y no iba a clases. Claro que eso mi viejo nunca lo supo, porque a regañadientes, mi mamá igual me encubría. Yo era el concho de la familia, siete años menor que la hermana del medio, el único hombre y por supuesto, el regalón.

Los fines de semana teníamos hartos panoramas juntos. Era fanático del Colo Colo, no nos perdíamos partido, me hizo socio a mi y a toda la familia. También salíamos a trabajar en el taxi. Yo iba de copiloto y me encargaba de dar el vuelto. Al final de la jornada nos íbamos a medias con las ganancias. Una vez nos tocó llevar al cantante Sandro. Mi papá se me acercó y me dijo bajito: " ¿Viste quien va atrás?". De la pura impresión no le pedí ni un autógrafo.

Le encantaban las celebraciones. Cuando alguien de la familia estaba de cumpleaños todo el edificio se enteraba porque mi papá nos despertaba con su disco del cumpleaños feliz a todo volumen. Después, llegaba toda la familia a tomar once, se armaba fiesta con baile, hartos tango y cumbia . Al final mi viejo repartía a los invitados uno por uno a sus casas. Terminaba como a las cuatro de la mañana, y al otro día estaba en pie a las siete, igual que siempre.

Una navidad llegó a la casa con un pavo vivo para la cena. Mi mamá casi se muere, no sabía matar ni una mosca. A mí me asustó el bicho porque era enorme y gritaba como loco. Lo tuvimos como tres días en el lavadero, no podíamos dormir con el ruido. Finalmente tuvo que venir alguien a hacerse cargo. El asunto es que nadie se comió el pavo, lo encontramos muy duro, hasta el día de hoy no me gusta.

Aunque era experto en armar fiestas y gozaba con la comida chilena, cuidaba mucho su salud. Nunca fumó ni tomó y cuando el médico le decía que tenía que bajar unos kilos, se lo tomaba con toda rigurosidad. Se iba caminando a la Anef o subía el San Cristóbal los domingos para hacer ejercicio. Creo que perfectamente hubiera llegado a los 100 años. Mis tíos, que cuando yo era chico ya eran bastante mayores, están como roble.

Todos sus hermanos tenían nombre mapuche, porque su papá fue un gran admirador de esa gente. Mis tíos se llaman Caupolicán, Lautaro, Galvarino, Fresia, Olga... Cuando nací, mis viejos se peleaban para escoger mi nombre. Al final mi papá me llevó raptado al registro civil. Yo siempre alegué que a los 18 me lo iba a cambiar, pero ahora me siento muy orgulloso, de hecho, mi hijo menor se llama igual.

También tenía sus triquiñuelas cuando me quería llevar a cortar el pelo. Me invitaba a comprar sandía y terminaba pelado a lo moicano. Me acuerdo que mi papá le decía al peluquero: "déjele un puro moño arriba". A los 11 años me rebelé, tuvimos una discusión familiar, y de ahí para adelante usé el pelo largo.

La verdad es que con migo hacía la vista gorda. Con mis hermanas fue mucho más fregado con los permisos y las salidas. A los 15 me dejó fumar, no tuve problemas con los carretes y en el verano me iba a la playa. La última vez que nos vimos, fue antes de subirme a un bus rumbo a Algarrobo, en febrero del 82. Me fue a dejar al terminal y me preguntó si llevaba plata. Yo le dije que no, aunque los

dos sabíamos que mi vieja ya me había dado. Me pasó unos billetes y nos despedimos.

El 25 de febrero salió temprano de la casa, tenía una reunión a las diez con Manuel Bustos. Diez minutos pasadas las diez llamaron a mi mamá desde la Anef porque no había llegado y todos conocían su puntualidad. Tampoco llegó a almorzar con mi vieja como acostumbraba hacerlo al mediodía.

El 26 llegó un primo a buscarme a la playa, sólo entonces me enteré que lo habían matado. Fue muy duro ver qué hacíamos sin el papá. Me ofrecieron distintas becas para estudiar afuera, finalmente decidimos partir a Suecia donde vivía una de mis hermanas. Allá me convertí en ingeniero y no volví a Chile hasta el año 95.

Mario Juica Vera

De pituco a comunista

por Rebeca Juica, su hermana.

Mario fue el hijo mayor de la familia Juica Vera. Cuando nació su hermana Rebeca, él la agarró firme de la mano y no la soltó más. Ella fue pirata y ladrón la misma cantidad de veces que Mario tuvo que tomar el té o cambiarle los pañales a alguna muñeca. De la mano despejaron las nubes que - debido a una enfermedad - en el momento menos pensado se le instalaban en los ojos a Rebeca, de la mano descubrieron duras historias en las páginas de algunos libros y fue de la mano también que ingresaron al PC, travesía de la cual sólo uno salió con vida.

Nuestro papá era el chofer de confianza de una industria refinadora de metales. La casa de nuestra infancia pertenecía a esa empresa, quedaba justo detrás de la antigua fábrica y era bien pituca porque alguna vez había sido la residencia de los dueños. Todos los chiquillos del barrio venían a nuestro patio. Nos pasábamos el día entero arriba de los árboles frutales o jugando en las instalaciones de la industria abandonada. Imitábamos las películas: momias, policías y muchos piratas.

Mario era el mayor y yo, la hermana que le seguía. No nos separábamos nunca. Él vivía pendiente de mí, guiándome, porque siempre fui enferma de la vista y en

varias ocasiones se me nublaba el panorama. Era mi disimulado lazarillo. Cuando notaba que estaba media perdida hablaba bien fuerte para que me pudiera ubicar. Eso de vivir en casa grande y andar siempre en las camionetas de la empresa, al Mario lo hacía creerse el "pitucón". Cuando chico, andaba dándose las de "cuico" por el barrio y estiraba la nariz cuando mi papá llegaba del matadero con unas patitas de chanco para la comida. Lo encontraba picante.

Cuando estaba con amigos en la casa y mi viejo llegaba de la pega con su overol de mecánico, el Mario se hacía el loco, ni lo saludaba. Una vez le dijeron que aprendiera a manejar de chico para que después pudiera trabajar de chofer. Él no quiso porque decía que esa era pega "para un pobre gallo no más". Mi viejo contestaba: "Sí. Pero, gracias a este pobre gallo no te ha faltado nunca para comer.

Todas esas tonteras de cabro chico empezaron a cambiar cuando llegó a la casa el tío "Belisario", un compañero de mi papá que tenía que esconderse porque era comunista y el gobierno de Gabriel González Videla había aprobado la "ley maldita" que expulsaba a todos los "rojos" del país.

Me acuerdo que se instaló al fondo del patio, bajo los parrones. Nosotros nos acercábamos curiosos y él nos hablaba de sus ideas. Nos prestó mucho libros. Mario me los leía, emocionado. Nos caían solas las lágrimas cuando leímos "La Madre", del ruso Gorki.

Mi hermano entró a las Juventudes Comunistas a los 15 años. Al tiempo ingresé yo. Los sábados íbamos juntos a las poblaciones a hablarle a la gente, megáfono en mano. A mi papá nunca le gustó que militáramos, decía que era muy peligroso, que nos podía pasar algo.

A los 18, mi hermanó se casó, tuvo su primer hijo y armó su casa. Estudió dibujo técnico y se convirtió en diseñador de muebles aunque su sueño era ir a la universidad y ser arquitecto.

Siempre fue el regalón de la mamá. Cuando llegaba de visita, entraba a la casa preguntando por el "tonto vinacho", que era una chuica de vino que mi papi compraba para la semana. Mario servía unos buenos vasos y brindaba con su vieja .

Después del golpe anduvo camuflado, llegaba de improviso a la casa para el infaltable "salud". Ya sabía que tarde o temprano lo iban a tomar y en su último brindis le pidió a la mamá que se mantuviera siempre con su copa en alto y con su bandera flameando contenta.

Y en eso le hemos cumplido. Cuando Mario desapareció, mi papá se angustió mucho, porque él siempre advirtió que eso iba a pasar. Al año murió de pena pero, nosotras nos hemos mantenido firmes como roble, recordándolo siempre con la copa de "tonto vinacho" en alto.

Orlando Patricio Guarategua Quinteros

El Pato y su "cariño malo"

por Silvia Quinteros, su mamá

Orlando Patricio Guarategua Quinteros era los ojos de su abuela, el chaperón de su mamá, la alegría de sus tíos y el peluquero del "Bellaco", su lanudo perro. Como único niño de la casa, siempre alegó que no tenía con quien compartir tanto cachivache que le regalaban. Acarreaba libros y juguetes al colegio y los repartía por ahí. Hasta que un día encontró una manera más eficaz de conseguir esa justicia que tanto le preocupaba. A los doce años, ingresó al MIR.

Mi mamá y mis hermanos me ayudaron a criarlo. Vivíamos todos juntos en una casa en Recoleta. Yo salía todas las mañanas al trabajo, así que era mi madre la que pasaba más tiempo con él.

Siempre fue el regalón de su abuela y con el tiempo se fue convirtiendo en un viejo chico que llevaba la batuta en la casa. Yo le decía que era un viejo solterón y él me apodó "cariño malo". Vivía pendiente de mí. Me controlaba los horarios y si llegaba un poco más tarde de lo normal, me recibía con el dedo en el reloj. No le gustaba que me arreglara ni que me pusiera joyas. Cuando me veía muy emperifollada me preguntaba: ¿En que circo debutai hoy día, cariño?

Cuando mi hijo tenía 8 años, me vino un ataque a la vesícula. Mis hermanos querían llevarme al médico pero el Pato no los dejó, les alegó que eso le correspondía a él. Llegamos como a las diez de la noche a la posta. Empezó a darle todos los datos a las enfermeras. Cuando le preguntaron de qué venía enferma, él les contestó: "de pataleta", porque en la casa había escuchado todo el día que me había dado una pataleta.

Me acuerdo que en la época de las revueltas estudiantiles, tenía que ir a buscarlo con chicote a la primera comisaría, no tenía más de doce años y ya andaba metido en protestas.

Después del golpe las cosas se pusieron difíciles. Nos fuimos a vivir con una hermana y mi mamá se cambió a otro barrio.

El Pato estudiaba ingeniería industrial en la Universidad Técnica. Todas las mañanas antes de irse le dejaba a su perro, el "Bellaco", un platillo con té y unos trozitos de pan. Me acuerdo que le ponía unos pinches en la frente porque era un perro lanudo y cuando comía se le iban todos los pelos a la cara.

En las tardes llegaba y jugábamos a dedicarnos canciones. Yo elegía "Qué he sacado con quererte tanto" de Violeta Parra que era mi favorita; después le tocaba a él escoger un tema y siempre colocaba a los Quilapayún. Ahí yo lo retaba porque se podía oír afuera y en ese tiempo vivíamos cerca del Regimiento Buín.

La última vez que nos vimos fue en la puerta de la casa de su abuela el 25 de julio del 76. Él tenía 23 años. Andábamos de visita y justo cuando nos íbamos me acordé que se me había olvidado algo. El Pato se puso a alegar y le dije que se fuera solo, que no tenía para qué andar siempre bajo mis polleras.

Cuando llegué a la casa, no estaba y nunca más llegó. Lo venían a buscar a cada rato porque había campeonato de ping pong en el barrio y le tocaba jugar. Un par de horas más tarde me tocaron la puerta. Eran cinco hombres que me allanaron la casa preguntando de todo, metralleta en mano. Yo no dije nada. El Pato me había pedido que fuera valiente, que jamás hablara y yo le cumplí.

De ahí para adelante la cosa se puso cuesta arriba. Mi mamá se enfermó de la pura pena y se murió. El Bellaco lloraba el día entero y yo salía todos los días a buscar a mi hijo. Participaba en las protestas y varias veces caí a la primera comisaría, ahí mismo donde iba retirar al Pato cuando empezó a ponerse revoltoso.

Fernando Navarro Allendes

"El Embelequero"

por Patricia Navarro, su hija.

La mesa de diálogo incluyó en su informe, el nombre de Fernando Navarro Allendes entre una lista de varios detenidos desaparecidos cuyos cuerpos habrían sido arrojados al interior de una mina abandonada en el sector de Cuesta Barriga. Desde que desapareció, el 13 de diciembre de 1976, esta ha sido la primera y única información que se ha tenido sobre el paradero de quien fue parte de la cúpula clandestina del PC tras el golpe de Estado. Al conocer la noticia, su esposa, Edith, viajó desde Suecia y presenció todos las excavaciones que se hicieron en el lugar con la absoluta convicción de que esa tierra era parte del cuerpo del amor de su vida. Sin embargo, pasaron los meses y en vista de los escasos resultados, los trabajos en terreno fueron suspendidos. La señora Edith ya no tuvo motivos para sus días y se fue viniendo cuesta abajo, hasta caer en el Hospital Van Buren de Valparaíso, postrada por una enfermedad que los médicos no supieron catalogar y que le causó la muerte el pasado mes de agosto.

La familia Navarro Allendes vivía en Placeres. Cuando mi papá era todavía un cabro chico, llegó hasta ese cerro porteño un tío suyo que venía desde las salitreras nortinas acarreando consigo todo el fervor de la lucha por la justicia social. A mi padre esas ideas le hicieron mucho sentido, así que el año 49, en

medio de la Ley Maldita de González Videla, ingresó al entonces clandestino Partido Comunista.

Él siempre estuvo esperando un hijo hombre. Pero, le salimos puras "chancietas". La tercera y la última, fui yo. Dicen que con el tiempo pasé a ser su regalona y lo cierto es que puso toda su maña para compartir con nosotras igual que lo hubiera hecho con tres niñitos.

Nos llevaba a los juegos, organizaba tremendas de excursiones al cerro La Campana y cada 18 de septiembre hacíamos juntos unos volantines de papel celofán que encumbrábamos encaramados en lo más alto de algún cerro . El clásico de clásicos, eso sí, era acompañarlo a la pega. Era conductor de ferrocarriles y varias veces nos llevó a manejar el tren al lado suyo.

Mi abuela -su suegra- lo adoraba, era su regalón y lo bautizó "el embelequero" porque le encantaba traer cosas dulces a la casa. Cada vez que compraba la mercadería para el mes, llegaba con una caja aparte llena de chocolates, galletas y dulces. Esos "engañitos", fueron detalles que siempre tuvo con nosotros. Incluso cuando, después del golpe, tuvo que irse de la casa y pasar a la clandestinidad. A pesar de las dificultades, igual nos hacía llegar sus "embelecocos". Claro que ya no eran golosinas, sino cajitas de fósforos que traían cuidadosamente escondidos unos diminutos mensajes de su puño y letra.

Desde entonces nuestros encuentros fueron siempre furtivos. A veces lo veíamos de lejos, nos hacía una gesto y nada más. Pocas veces hablamos, y en esas oportunidades él siempre me decía que no creyera que mi papá era valiente, porque a él le tiritaban la piernas haciendo lo que hacía.

Nunca quiso salir del país, era tan disciplinado que decía que su lugar estaba acá, en la lucha contra los "badulaques" como los llamaba él.

En Santiago, fabricaba volantines y sillas de madera para niños. Los vendía en las rotondas y con eso se mantenía. La última vez que lo vieron fue en la esquina de la calle Ramón Cruz con avenida Grecia. Eran como la dos de la tarde. Llegó un auto sin patente, lo agarraron sin decir nada, le pegaron y se lo llevaron. Aturdido y todo cumplió fielmente las instrucciones de su partido. Gritó: "¡Soy Fernando Navarro. Me detiene la Dina. Avisen a mi familia en Valparaíso!".

Jenny del Carmen Barra Rosales

Tejedora de redes

por Laurisa Rosales, su madre

Jenny del Carmen Barra Rosales se aprendía las letras de las canciones que aparecían en "La Bicicleta", usaba chalas y sacaba puntos de la revista "Burda" para confeccionarse todo tipo de prendas de lana e hilo. Tenía 24 años y estaba apunto de cumplir su sueño de niña: titularse de enfermera. Le regaló a su mamá un corte de género verde para que luciera un buen vestido el día de los festejos. Sin embargo, la hora en la modista se fue postergando y postergando de tanto esperar que la Jenny volviera de la casa de su compañera de universidad. Desde ahí salió rumbo a su hogar la tarde del 17 de octubre de 1977. Nunca más se supo de ella.

Yo soy la mamá de la Jenny. A ella le encantaba el pescado frito que yo le preparaba. Le gustaba comérselo con ensalada de apio y chupar las espinas. Yo le decía que tuviera cuidado, que se fijara, porque se podía atorar. No le gustaba la carne de vacuno. Ni los pollos. Tampoco las cosas dulces. Era flaquita. Era bonita mi chiquilla.

Usaba chalas artesanales, vestidos largos, ropa suelta, chalecos de lana que ella misma tejía. Para un invierno se hizo un chal rojo y negro precioso, con unos puntos que aprendió en la revista Burda. Era buena con los palillos. Andaba

siempre con ellos en un bolso a telar que se colgaba del hombro. Ahí dentro, los ovillos de lana se le enredaban con los espirales de los cuadernos universitarios. Estudiaba en la Católica. Iba en cuarto año de enfermería y estaba por recibirse. Me había regalado un corte de género verde para que la modista me hiciera un traje. Quería que con esa ropa fuera a su graduación, que iba a realizarse tres meses después.

Siempre había querido ser enfermera. Soñaba con eso. Cuando era chica, jugaba a pincharles el poto a las muñecas. Tenía un canasto lleno de guaguas fracturadas o sin cabeza, a las que vendaba con trapos que me sacaba de la cocina. Sus hermanos mayores la hacían sufrir, agarrando las muñecas y colgándoselas donde ella no podía alcanzarlas. La molestaban porque era más chica. Ellos eran cuatro hombres. Luego nació la Susana. La Jenny adoraba a la Susi.

También a Víctor Jara lo adoraba. La canción que más le gustaba era esa del cigarrito, aunque ella nunca fumó. Se sabía todas sus canciones. Compraba cancioneros o guardaba las letras que aparecían en la revista La Bicicleta.

Cuando estaba en el Liceo de San Bernardo, la directora del establecimiento inventó que Jenny y varias compañeras más eran miristas porque aparecieron rayadas las murallas con frases típicas de ese movimiento. Además, la acusaron de repartir volantes.

El 11 de septiembre de 1973 a las tres de la mañana, los milicos la sacaron de la casa y se la llevaron. Yo la busqué durante siete meses y al octavo, la encontré presa en la Correccional. De esa se libró, porque yo la saqué de allí.

Cuando estábamos en la casa me contó que en un subterráneo le vendaron los ojos y le pusieron corriente en sus pechitos para que denunciara a sus compañeras.

Pero ahí no terminó todo. Cuatro años después, la tarde del martes 17 de octubre de 1977, llegó de la universidad a la casa de una amiga que vivía a siete cuadras de nosotros. Cuando entraron, ambas le hicieron saber a la madre de esta niña, que las venían siguiendo. Luego de un rato, mi hija dijo que se venía a casa y que cuando llegara, llamaría por teléfono para avisar. Pero nunca llamó a su amiga ni llegó a mi casa. Jamás me hice el traje con el corte de género que me regaló.

Vicente Israel García Ramírez

La vida era juego

por Mireya García, la hermana.

Vicente Israel García Ramírez fue detenido y desaparecido el 30 de abril de 1977 en la localidad de San Fernando, cuando tenía 19 años. A las ocho de la mañana tres sujetos identificados posteriormente como agentes de la DINA lo sacaron a la fuerza junto a su esposa, Karin Reiner, desde el domicilio de una de las tías de ella. Lo llevaron -se cree- al Cuartel Borgoño, lugar del que no salió con vida. (El día anterior -29 de abril- la pareja se había casado por el registro civil utilizando nombres falsos debido a la militancia clandestina de Vicente).

Mi hermano era dos años menor que yo. Me acuerdo de él cuando ambos éramos niños y vivíamos en Talcahuano. Como en esa ciudad llueve mucho, teníamos que esquivar las posas de agua que se formaban en invierno. Ese era nuestro juego de regreso del colegio, aunque a veces aterrizábamos mal y nos resbalábamos en el barro que se formaba en la orilla de esos charcos. Al derrumbarnos nos venía un ataque de risa. De eso se trataba: de arriesgarnos a saltar sabiendo que podíamos caer. Gozábamos con el peligro y también con el desastre que provocábamos en nuestra ropa. Los pantalones embarrados eran la prueba para un reto seguro, porque a nuestra madre le costaba mucho secarnos la ropa. Y los zapatos. En casa, se encendía una estufa y alrededor de ella apoyábamos los

bototos desabrochados para que les entrara mejor el calor y así vencer esa humedad que despegaba las suelas. Los calcetines que nos sacábamos estilando, pendían a gotas sobre la estufa, colgados con perritos de madera.

La "plata de la micro" nunca la usamos para eso, porque preferíamos gastarla en el quiosco de la escuela, donde vendían unos masticables verdes y rosados que se nos quedaban pegados a las muelas. Eran un poco ácidos y mi hermano se hizo adicto a esos dulces, solía comerse diez al hilo. También le encantaban los helados de sustancias que eran unos barquillos con una esponjita dulce, de color rosa y blanco a los que llamábamos "helados de invierno". Nunca nos faltó un loly en la boca. Siempre teníamos la lengua roja por las tinturas de los muchos confites que comíamos con la plata que nos daban para venimos en micro. A pesar de los dulces, yo era muy flaca. Y detestaba a mi hermano cuando me cantaba una canción que no me acuerdo bien lo que decía, pero me daban ganas de matarlo a él y a sus amigos cuando me rodeaban y se burlaban cantando algo así como "ética, pelética, esquelética, huesuda, peluda, pelemempuda". Lo odiaba.

Después lo amé. Era muy hermoso, mi hermano. Varias niñas lo seguían. Era alto y crespo.

Cuando estábamos un poco más grandes, ambos nos metimos al Partido Socialista. Aunque habíamos crecido, igual éramos niños creyéndonos el cuento del "hombre nuevo". Era divertido ir a la sede del partido, porque allí nos relacionábamos con chiquillos y chiquillas de nuestra edad y también con personas mayores que sabían del mundo o lo inventaban idealmente. Era para nosotros otro juego: "jugar a la política".

A las reuniones, el Vicente llevaba bandejas de sémola con leche o fuentes inmensas de flan con caramelo que repartía entre los militantes. Entre postre y postre, cada uno sacó su polola y su pololo. Hacíamos nuestra vida entre discurso e ideología. Lo pasábamos bien. Pero las cosas se pusieron feas, color sangre, y yo decidí huir a México. Mi hermano, por el contrario, se quedó en Chile. Dijo que éste era su lugar, en su país, al lado del "pueblo". La última imagen que tengo de él es su mano alzada desde la terraza que daba a la loza del aeropuerto. No pude ni siquiera darle un beso. No pude ni acercármele, porque militaba clandestinamente y debía andar siempre en las sombras. Sólo vi su mano despedirse de mí a lo lejos. En México recibí cartas suyas, pero su cara, nunca más la vi.

Sergio Enrique Gutiérrez Seguel

Aprendiz de zapatero

por Lucía Seguel, su madre

A los 16 años, Sergio Enrique Gutiérrez Seguel estudiaba en el Liceo Barros Borgoño y trabajaba como aprendiz en la zapatería de don Juan Bata. Una noche de verano le pidió permiso a su mamá para salir con dos compañeros del Liceo. Sergio, Domingo y Ramón iban por la calle cuando se toparon con la furia alcohólica de dos carabineros de civil que pertenecían al Regimiento Tacna. Un "concha de su madre" de parte de los policías gatilló el clásico intercambio de palabras de cualquier encontrón callejero. Sin embargo, el asunto no terminó en la escaramuza- par de combos incluidos- que cualquiera pudiera imaginar. Los dos carabineros pidieron refuerzos, a los pocos minutos un contingente armado llegó del regimiento y se escucharon 22 balazos en el sector. Nunca más se supo de Sergio, ni de Domingo, ni de Ramón.

Sergio tenía 16 años y decían que era extremista. Lo tuve a los 16 años. Su padre era músico y como tal, un poquito mujeriego. Decidí separarme de él, y al tiempo murió de cáncer. Con los años, encontré otra pareja, con la que crié a tres hijos más. Sergio amaba a esos niños. Quería tanto a sus hermanos que mientras yo

trabajaba, él se quedaba cuidándolos. A veces los sacaba a pasear al Parque O'Higgins y jugaba con ellos tardes enteras.

Conmigo era un buen hijo. Como yo era tan joven cuando él era niño, la gente nos quedaba mirando y decían por detrás, mira la vieja con el mino tan joven. Cuando escuchaba eso, él más me abrazaba y me daba besos. No importa viejita, que hablen no más, decía.

Para el Día de la Madre nunca dejó de llegar con un "engañito" hecho en clases de artes plásticas. También me regaló un prendedor con dos indiecitos incrustados en oro y plata, que compró con el dinero que ganó trabajando con don Juan Bata.

El día viernes 18 de enero de 1974, me pidió permiso para salir.

Iba con dos amigos del Liceo Barros Borgoño, Ramón y Domingo. Caminaban por un pasaje, cuando se les cruzaron dos individuos.

-¿Qué andan hueviando los conchas de su madre?, les gritaron.

- ¿Por qué me sacai la madre? ¿Qué te hecho yo? Respondió uno de ellos.

Los chiquillos empujaron al hombre que -dicen- andaba curado. Éste se derrumbó y su compañero sacó una identificación. Ambos eran carabineros vestidos de civil.

A los pocos segundos golpearon una puerta y abrió un señor de apellido Tijerina, un detective jubilado. Los carabineros le pidieron el teléfono para denunciar que los acababan de "cogotear" unos extremistas.

- Aló ¿Regimiento Tacna? Unos extremistas huyeron después de herirnos.

- Necesitamos refuerzos, dijeron.

El señor Tijerina juró que nunca vio sangre y que uno de los hombres se cubría con un pañuelo blanco, alegando dolor. Pronto llegó un contingente armado. Dicen que se oyeron 22 disparos y que obligaron a salir a todos de sus casas para

rastrear a los extremistas. Los chiquillos se escondieron en un horno de panadería.

- ¡Ya! Acá deben estar fondeados los hueones, dicen que dijeron, mientras abrían las puertas del horno.

Mientras, los otros milicos tenían a los panaderos desnudos contra la pared. Hay que imaginarse cómo flotaba la harina por la fábrica, mientras eso que parecía una pesadilla, ocurría de verdad. A una de las chiquillas que trabajaba en la panadería -María- se le ocurrió preguntar por qué hacían todo eso. La mandaron a callar bajo amenaza de ametrallarla en la cara. Ella me contó después que los niños gritaban ¡Mamita! ¡Mamita! ¡Mamita! Cuando los sacaron, los colgaron de cabeza en el furgón. Una señora que observaba desde la ventana del frente -por San Diego- gritó ¡¡¡¡¡ASESINOS!!!!!! Y le dispararon.

Al otro día, como a las ocho de la mañana, una mujer golpeó la puerta de mi casa y me dijo que se habían llevado a mi hijo a la 4ª Comisaría. Salí corriendo y cuando llegué a esa comisaría me cerraron la puerta en las narices. Me dijeron que no era posible ver a la gente que estaba detenida. Por más que grité, no me hicieron caso. Decían que estaba loca.

Al día siguiente fui a buscar a las madres de los amigos de mi hijo. María, la mamá de Domingo, no podía creer que los milicos podían estar metidos en esto. Me dijo que había donado todas sus joyas para la «reconstrucción nacional». La dictadura, a cambio, le había dado un trébol que era «una protección bajo cualquier circunstancia», según les aseguraron. Ana, la madre de Ramón, también creía que era una mentira. Decía que ella también había donado sus joyas, pero que no le habían dado el famoso trébol. A esa altura, ya agarraba de las mechas a estas

señoras -ahora somos bien amigas- y les decía que lo único que yo le podía dar a la dictadura eran mis piojos, porque los asesinos no merecían más que mugre.

Sergio, cómo te he buscado, hijo.

Una vez, creo que estuve cerca de ti. Estaba esperando en el Estadio Nacional como en tantos otros lugares donde seguí tu rastro. Ahí estaba cuando salió una señorita de la Cruz Roja y le pregunté por ti. Parece que estabas ahí dentro. La señorita me dijo que te iba a buscar, pero nunca más salió. La esperé toda la noche. Y al otro día, y al otro. Y al otro...

También te busqué en la Morgue. Quinientas veces entré a ese lugar, porque tenía un amigo que trabajaba allí. Eran tantos los muertos. Tantos los cuerpos dispuestos sobre camillas o en gavetas. Cubiertos. Desnudos. Acribillados. Reventados. Sin rostros.

Yo, les abría la boca para buscar tus dientes perfectos. Pero ninguno tenía tu boca. En una oportunidad, se me desgranaron los dientes de un muerto en mi mano. Tuve que volver a abrirle la boca para devolver a su sitio los dientes derribados. Recuerdo que había allí unos sacos negros. Mi hermana una vez me acompañó y los vio también.

Hace pocos días, ella me llamó por teléfono y me preguntó si acaso había visto esas sacos negros que salieron en la tele cuando encontraron osamentas de detenidos desaparecidos. Esos sacos son los mismos que estaban en la morgue. Contenían huesos triturados. Así los hicieron desaparecer. Ellos eran los extremistas.

Sergio Peña Díaz

Los amores de Sergio

por Daniela Peña, su hija

Sergio Peña Díaz era médico veterinario, pero sus energías las concentró en contribuir a desarrollar el MIR. Tenía ganas de arreglar el mundo en que vivirían los amores de su vida: sus dos hijas. Una de ellas, Daniela, revive en esta crónica la imagen de un papá joven, buenmozo y disciplinado que en alguna ocasión le sacó el jugo entrenando para conservar la buena forma física .

El Sergio tenía dos objetivos muy claros en su vida. Uno de ellos era llegar a ser el mejor amigo de sus dos hijas: la Luciana y yo. El otro, era dedicar todas sus fuerzas a luchar por la justicia, la igualdad y la dignidad de las personas en Chile. Era un hombre disciplinado, que ponía en esas metas todo su empeño.

Cuando mi hermana tenía un año y medio y yo sólo cuatro meses de edad, él le escribió una carta desde la cárcel de Valdivia, donde estuvo detenido el año 73.

Desde entonces ya nos trataba de explicar cuáles eran sus intenciones en este mundo:

“Muchas veces me pasa que te imagino de distintas edades. Siempre estamos conversando, tú aprendiendo de mí y yo de tí... Creo que lo mejor que un padre puede entregar a sus hijos es amistad, estoy seguro que lo conseguiré”.

El año 75 nos fuimos al exilio a Dinamarca donde el Sergio fue jefe del Mir. Vivía muy vinculado a la política y de una u otra forma intentaba traspasarnos sus valores, su forma de pensar. Le gustaba la música, me acuerdo que nos cantaba los temas de Los Jaivas, Silvio Rodríguez, Daniel Baglietto y Quilapayún. Antes de dormirnos, siempre nos leía un cuento sobre una familia muy pobre en África que pasaba grandes penas porque el papá estaba preso en un campo de concentración; era su forma de hacernos evidentes las injusticias. Una vez, la Luciana salió con que no quería invitar a un compañero del jardín a su cumpleaños, porque era negro. Casi se cayó de la silla espantado. Agarró una enciclopedia y nos empezó a explicar que había personas de todos colores y que todos eran iguales.

Mi hermana, mi mamá y yo nos volvimos a Chile el 81. El Sergio se quedó en Europa porque tenía prohibido el ingreso. El año 83 nos fuimos a pasar las vacaciones con él. En esa época, mi papá estaba planeando su ingreso clandestino a Chile. Se entrenaba diariamente y nos hacía participar en su disciplina. A nosotras nos encantaba compartir su rollo de levantarse temprano, hacer las camas, agarrar la bicicletas y partir a la piscina. Hacíamos mucho ejercicio, me acuerdo que a mí me encontró muy gordita así que me puso a régimen. En ese viaje también conversamos mucho: no nos podía decir que sus planes eran entrar a Chile, pero nos sentaba y trataba de explicarnos las cosas que sentía.

En mayo del 83, el Sergio volvió. Nosotras nunca nos enteramos que estuvo acá hasta el día en que la mamá nos acurrucó en su cama para darnos la peor noticia.

A nuestro papá lo asesinaron en un falso enfrentamiento en la calle Fuenteovejuna; allí murieron también Lucía Vergara y Arturo Vilavella. La operación estuvo a cargo de Álvaro Corvalán y en ella también participaron Raúl González Fernández, Jorge Covos Manríquez, Roberto Flores Cisterna y otros agentes vinculados a la Fuerza Aérea. Los hechos quedaron bastante claros tras las declaraciones de Andrés Valenzuela, un ex agente de la Fach que participó en el asesinato: "eran tres, nosotros éramos sesenta... Una ametralladora empezó a disparar a la casa... Uno salió con las manos en alto y cuando venía por el ante jardín lo rafaguearon...".

Mi mamá se entrevistó directamente con Valenzuela y su testimonio no hace más que aclararnos las ansias de vivir que tenía el Sergio. Él se rindió, estaba dispuesto a que le sacaran la cresta, pero quería vivir. No había vuelto a su país a que lo mataran sino en la búsqueda de sus objetivos de toda la vida: luchar por la igualdad y los derechos humanos y volver a armar su familia junto a nosotras, sus mejores amigas.

Sergio Tormen Méndez

El Campeón

por Peter Tormen, su hermano

Sergio Tormen Méndez fue campeón nacional de ciclismo el año 72. Era el centro alrededor del cual giraba una familia de ciclistas con bastantes necesidades económicas. Peter, su hermano menor, también fue un destacado deportista. Hoy maneja su propio negocio de bicicletas y en esta crónica recuerda los triunfos que celebraron juntos, así como también los duros momentos que compartieron detenidos en Londres 38 cuando Peter tenía sólo 14 años.

Mis hermanos Sergio y Richard formaban una gran dupla de ciclistas. El velódromo se repletaba para las competencias, en las galerías se enfrentaba la barra de los Tormen con la de los Vera, otra familia de ciclistas. Sergio salió campeón el 72. Lo llevamos en andas hasta la casa, se armó la tremenda fiesta. Él era una especie de protector. Salíamos juntos, me compraba ropa, cosas para la bicicleta y se preocupaba de mi colegio. Éramos ocho hermanos, cinco mujeres y tres hombres.

Sergio era el mayor, tenía 10 años más que yo. Desde los dieciséis años se puso a trabajar fabricando piezas en el taller familiar y pasó a ser el sostén de la casa. Nuestra familia tenía necesidades, el papá era medio liviano de cascos y tuvo algunas aventuras que le impidieron cumplir a cabalidad su rol. Hubo que

compensar las carencias con el trabajo de los hermanos. Mi mamá cosía con la ayuda de mis hermanas, y los hombres nos dedicábamos a las bicicletas.

Yo no me despegaba de Sergio, lo admiraba. Me acuerdo que las mujeres lo encontraban buenmozo. Era delgado, tenía las piernas gruesas, los ojos pardos y facciones bien varoniles. Además atraía porque tenía desplante y simpatía.

Yo lo recibía cuando volvía de los entrenamientos, me ocupaba de su ropa, de sus zapatillas y de su bicicleta, siempre estaba cerca de él. Hasta “desaparecimos” juntos, sólo que a mí me soltaron en tres días y a Sergio no lo vimos más.

Fue el 20 de julio del 74. Yo tenía 14 años. Lo acompañé al taller de mi papá porque tenía que reparar las ruedas para la carrera del domingo siguiente. En eso estábamos cuando llegaron los militares preguntando por un bolso que había dejado ahí Luis Guajardo , “el Pato Romo” , ciclista, dirigente del MIR y gran amigo de Sergio. Mi hermano dijo que no sabía de qué le hablaban, después se puso medio nervioso y les contó que había tirado el bolso a la basura. Nos llevaron a los dos.

Yo creo que mi hermano ni siquiera alcanzó a tener una formación política, era una persona práctica que rara vez tomaba un libro. Pienso que si se involucró en algo fue más por admiración a las actividades de su amigo que por convicción ideológica.

El asunto fue que unos días antes, el Pato había dejado sus cosas en el local justo antes que se lo llevaran detenido. Mi hermano quiso ayudar e hizo desaparecer el famoso bolso que tenía en su interior un overol que el Pato usaba para infiltrarse en la compañías y concientizar a los trabajadores. En los interrogatorios el amigo

contó que lo había dejado en el taller, pero nunca supuso que Sergio había lo había hecho desaparecer.

Nos llevaron a Londres 38. Estuvimos juntos los dos primeros días. A él lo torturaron, le pusieron electricidad en los testículos. En una oportunidad se me acercó un tipo que dijo ser de la barra de los Vera y que ahora trabajaba como chofer de una camioneta de la Dina. Me dijo que iba a tratar de hacer algo por mi hermano pero que estaba metido en un tremendo forro y no creía que lo dejaran salir.

A pesar del miedo, en una oportunidad me levanté un poco la venda de los ojos y con la cabeza inclinada hacia atrás, logré verlo. Había una luz muy tenue, era un sala, nosotros estábamos en la última corrida de bancas. Sergio estaba esposado y le habían pegado mucho. Fue la última vez que lo vi.

Carlos Alberto Carrasco Matus

Paín

por Norma Matus, su madre

Carlos Alberto Carrasco Matus era miembro del Mapu. Se quedó dormido la mañana que debía hacer los trámites par eximirse por estudios del servicio militar. No se hizo problema y asumió. Era 1973. Lo destinaron al regimiento de Infantería Motorizado N°1 de Buín, en la Primera Compañía Plana Mayor y Servicios. Lo hizo tan bien que fue traspasado por sus superiores en "comisión de servicio" a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Le tocó hacer de guardia en Cuatro Álamos. El 14 marzo del 75 estaba de franco en su casa cuando dos funcionarios de la DINA lo fueron a buscar para "verificar unas declaraciones en Cuatro Alamos". Paín -como le decían en la casa- había estado ayudando clandestinamente a los detenidos en ese recinto. Nunca más se supo de él.

A Carlos toda la vida le dijimos "Paín". Le apodamos así porque cuando él era niño pasaban por televisión "Gasparín", un fantasmita de dibujos animados al que se parecía, por lo peladito. De Gasparín salió lo de "Paín" y hasta grande le llamamos de esa forma. Él era el mayor de mis hijos hombres. Cuando nació, pesó casi cinco kilos y como lo tuve en una clínica -porque casi era año nuevo- debí pagar cinco mil pesos. Era harta plata en ese tiempo. Mi marido decía

riéndose: "nos salió caro este chiquillo" y yo me burlaba también, porque de tan rubio, no parecía hijo de nosotros. Paín era mi brazo derecho. A veces discutíamos porque teníamos formas distintas de pensar las tácticas para llegar al poder. Yo era comunista, él era del MAPU. Yo pensaba que había que esperar el curso de la historia, que la tortilla del poder se daría vuelta sola. Él afirmaba, más categórico, que había que tomarse el poder mediante una revolución.

Pero mi hijo no era sólo de ideas, también era de acción. En el Instituto Comercial Nº 5, donde cursaba su enseñanza secundaria, formaba parte de la directiva del centro de alumnos. A los 19 años fue secretario de la unidad vecinal de nuestra población, la Santa Victoria. Desde allí, pudo poner en práctica los ideales que lo movían a tan temprana edad.

En 1973 le tocó cumplir con el servicio militar obligatorio. Pudo habérselo sacado porque estaba estudiando, pero se quedó dormido el día que había que realizar ese trámite y cuando yo le dije "¿viste? Vas a tener que hacer el servicio no más", me respondió: "lo hago, mamá".

Una vez adentro, lo destinaron al regimiento de Infantería Motorizado Nº1 de Buín, en la Primera Compañía Plana Mayor y Servicios. Llegó a ser designado "cabo segundo de reserva" de la primera compañía de su regimiento. Por sus altas calificaciones, luego, fue traspasado por sus superiores en "comisión de servicio" a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Corría noviembre de 1973, y todos esos cargos, significaban ser guardia en el recinto militar de Cuatro Alamos.

El día 14 de marzo de 1975, Paín, mi hijo, estaba en la casa, porque se encontraba gozando de un feriado legal. Ese día, a las 13:30 horas se presentaron en mi domicilio dos hombres que dijeron ser funcionarios de la misma DINA. Uno

de ellos era de la edad de mi hijo, aproximadamente. Alto, delgado, crespito. Paín lo reconoció como una persona que había trabajado con él. Al otro, no lo vi muy bien, porque no se bajó del auto color naranja en el que venían. Lo que sí puedo afirmar es que era de más edad que el que se bajó.

- Te necesitan para verificar unas declaraciones en Cuatro Alamos- le dijo el joven a mi hijo.

Y se lo llevaron.

Al día siguiente, llegó a mi domicilio el jefe directo de mi hijo, Aníbal Barrera, quién se presentó mostrando su tarjeta de identificación, la N°8869.

- Señora, vengo a retirar el arma de servicio de Carlos Carrasco Matus- me dijo.

- ¿Cómo se la voy a entregar? ¿Quién es usted? ¿Y mi hijo?

Me entregó un certificado escrito de su puño y letra, en el que se describía la fabricación, el calibre y la carga de tiros del arma. Aún conservo ese papel.

El jefe que retiró el arma de servicio de mi hijo que se apodó Aníbal Barrera, es hoy el mayor de gendarmería Orlando Manso Durán, quien se había desempeñado como jefe del centro de detención Cuatro Alamos. Su situación penal actual es la de "procesado y amnistiado, por la presunta responsabilidad en los delitos de asociación ilícita y secuestro".

Según el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, existen numerosos testimonios de personas que pasaron por Cuatro Alamos que relatan situaciones clandestinas de solidaridad con los detenidos realizadas por un guardia denominado "Mauro" Carlos Carrasco Matus. Ese mismo informe señala que mi hijo fue apresado, duramente torturado y -según algunos testigos- muerto

a cadenas por uno de los jefes de la DINA en uno de los patios posteriores de Villa Grimaldi.

José Patricio León Gálvez

Marcado por "La Estrella"

por Esteban León, su hermano mellizo.

José Patricio León Galvez debía juntarse en Alameda con Exposición el día 6 de enero de 1975 a las cuatro de la tarde, con un "compañero". Este último llegó más temprano de lo acordado y divisó una tanqueta de militares que rodeaban el sector. Según declaraciones posteriores, logró huir rápidamente del lugar sin que los militares se percataran de la situación. Distinta suerte tuvo José Patricio León, quien fue detenido y desaparecido tras una contundente estadía en Villa Grimaldi.

Patricio y yo nacimos de la misma madre, el mismo día y a la misma hora, pero la vida nos hizo a cada uno muy distintos. Yo era un niño asmático, débil, enfermizo y tomaba gran cantidad de medicamentos para combatir esa transparencia que era más del otro mundo que de éste. Mi hermano, todo lo contrario: un chiquillo risueño y juguetón que brincaba en el caserón de adobe en el que vivíamos con nuestra familia, en el pueblo de «La Estrella», provincia de Colchagua (VI región). Eramos seis hermanos, teníamos un padre que trabajaba en el fundo del patrón y una madre que preparaba las tortillas de rescoldo más exquisitas de la tierra. Mientras ella preparaba la onces, nos mandaba a acarrear los animales o a cerrar las trancas, lo que para nosotros era un juego más que una obligación. Sobre todo

para mí que apenas caminaba de lo frágil que era. Cuando salía con mis hermanos se me arreglaba la cara y el ánimo persiguiendo tórtolas o recogiendo los huevos que las codornices ponían en los pastizales de las orillas del camino. Cuando crecimos, hubo que decidir quién seguiría estudiando, porque la plata no alcanzaba para todos. Como mi hermano era más despierto que ninguno, un profesor de la escuela le sugirió a mi padre que a José Patricio se le educara. Por este motivo él se sintió muy afortunado, pero también con una gran responsabilidad por delante.

Mi hermano se fue a Santiago a realizar sus estudios secundarios y luego pudo ingresar a la Universidad Católica de Talca a estudiar Pedagogía en educación Básica.

Él era nuestro orgullo, porque antiguamente no era cualquier cosa entrar a la universidad, sobre todo para una familia modesta como la nuestra. Cuando viajaba mi hermano desde Talca, aunque seguramente nunca tenía mucho dinero, no olvidaba traernos de regalo alguna golosina. Mi padre se ponía muy feliz cuando invitaba a sus compañeros de la Universidad, porque "le alegraban el fin de semana", decía. Ellos hacían fogatas y alrededor de ésta tocaban guitarra y bailaban cueca o cantaban e inventaban juegos.

Patricio era la alegría de nuestra familia. Yo creo que mi padre murió de pura pena, cuando mi hermano desapareció.

Nalvia Rosa Mena Alvarado

Mi hermana "marxista-leninista"

por Víctor Mena.

Una mujer embarazada, su hijo de tres años, su marido y su cuñado caminaban hacia Plaza Bulnes la noche del 29 de abril de 1976. Desde tres autos -uno de ellos un Chevy Nova- descendieron agentes del Comando Conjunto que operaban en el sector y detuvieron a los tres adultos, dejando al menor abandonado en el lugar, siendo recogido un día después y entregado a la familia de la madre. Al año y medio siguiente, se le preguntó a un guardia del campo de concentración del Regimiento Carampangue, si conocía a la "loca que pregunta por un niño". El conscripto no dijo nada. Era primo de un primo de la madre de ella. Luego lo comentó entre líneas a sus familiares en una postal que envió. No se supo si Nalvia Rosa Mena Alvarado preguntaba por su hijo de tres años o por el que tenía en el vientre al momento de la detención, cuando tenía 20 años.

Éramos doce hermanos viviendo en una casa de tres dormitorios en el pasaje Muñoz Hurtado de Estación Central. En 100 metros cuadrados nos acomodábamos los hombres en una pieza, las mujeres en la otra y mis padres con sus hijos más pequeños, en el dormitorio matrimonial. Allí dormía Nalvia Rosa, mi hermanita menor. A ella, yo la acunaba entre mis brazos y le cantaba canciones

para que se quedara dormida. También le preparaba su biberón y probaba la temperatura de la leche derramando unas gotitas en el dorso de mi mano. A veces tenía que agujerear el chupete, para que pudiera beber, porque antes los hacían sin hoyito.

Para alimentarnos, mi padre trabajaba un taller de desabolladura y pintura de automóviles que tenía en el patio de la casa. Él era de izquierda y la gente del barrio nos decía "los comunistas", en un tono bastante agresivo porque en ese tiempo eran todos de Alessandri. (Cuando ganó Allende todos se cambiaron a la UP).

Cada cierto tiempo, se juntaba una célula del partido a discutir ideología marxista sentados en el living de nuestra casa. Nosotros, los chiquillos, entrábamos y salíamos como locos jugando con los hijos de los «compañeros». Nos gustaba más jugar a la escondida que averiguar las verdades del materialismo histórico. (También nos comíamos las galletas y nos tomábamos la bebida que alguien llevaba a la reunión).

Seguramente, con estas asambleas a mi hermana se le inyectó en la sangre la adrenalina ideológica. A sus pocos años, deslumbraba con su ímpetu revolucionario e idealista.

Un día golpearon la puerta unos adherentes de Alessandri que andaban haciendo campaña "puerta a puerta". Mi padre los iba atender, pero mi hermana irrumpió desde atrás gritando "¡Nosotros somos marxistas-leninistas!" Y esa gente tuvo que irse, porque sabían que en esa casa no había huesos para roer.

Nalvia Rosa, mi hermana ya crecida, era activista cultural de las juventudes comunistas y el máximo atrevimiento guerrillero que tuvo fue pegar afiches

poéticos en los muros. Antes que la detuvieran ella me ofreció un préstamo, porque yo estaba cesante y no tenía un peso. Le juré que cuando ella estuviera en apuros yo la iba a ayudar de cualquier forma. No sabía que los problemas se venían a metrallas, sangre y degüellos y que era bien poco lo que se podía hacer, por más que uno lo hubiera prometido.

Dentro de la cartera de Nalvia hallaron la revista clandestina del partido comunista "Principio", la que a mí me habían ofrecido el día que estuve en la casa de mis padres y que rechacé diciendo "que no se podía arriesgar la vida por un papel". Nalvia quiso llevársela de todas maneras.

Luis Julio Guajardo Zamorano

Mi viejo chico

por Eliana Zamorano, su mamá

Luis Julio Guajardo Zamorano era el "Pato Romo", dirigente del MIR, estudiante de ingeniería y ciclista. Su mamá posiblemente nunca supo de esa "chapa", por que para ella el Lucho siempre fue el Lucho, su mano derecha en los asuntos domésticos, un cabro testarudo que creía en su capacidad de realizar todo lo que se propusiera, incluso que su papá y que todo el mundo pudiera acceder a la Universidad, igual que él.

El Lucho fue mi primer hijo. Me llegó de regalo el 16 de mayo del 52, diez días después de mi cumpleaños. Desde chico asumió el papel de segundo a bordo en la casa. Cuando se me pasaba la mano con los "fiados" del almacén me llamaba a terreno, haciéndome acordar que después no íbamos a tener como pagar la cuenta. Le preocupaba que todo anduviera bien en la familia, que los cumpleaños de cada uno de sus cinco hermanos se celebraran a como dé lugar; si no alcanzaba para torta, preparaba una leche con plátano y con eso brindábamos todos.

A los 11 años dio un examen para quedar en el Liceo Manuel de Salas donde estaban ofreciendo unas becas. Había 280 postulantes y él salió quinto. Se ganó

beca de almuerzo y hasta ropa me acuerdo que le regalaron. Al comienzo le daba vergüenza quedarse a comer allá, además, echaba de menos mis comidas.

Siempre quería tortilla de papas y de postre, flan. Todavía tengo los brazos con las marcas que me quedaron de una cuantas quemaduras que me hice preparando el caramelo.

Le gustaba el fútbol y las bicicletas. Tenía un cuaderno donde iba anotando todos los datos de los partidos, los jugadores y los goles que hacía cada uno. También jugaba sus pichangas, pero su fuerte era el ciclismo, igual que su padre. En las competencias conoció a su gran amigo, el campeón nacional, Sergio Tormen. Eran yunta, el Sergio se lo pasaba en nuestra casa. Una vez, jugando en el entretecho hicieron un tremendo hoyo que me queda de recuerdo hasta estos días.

Para el mundial del 62, hicimos un esfuerzo y nos compramos una tele. Años más tarde, fue a través de ese televisor que yo me di cuenta que el Lucho andaba metido en política: lo vi en las noticias, metido en las manifestaciones cuando cerraron el canal 9.

Pienso que cuando salió del Manuel de Salas ya estaba medio metido en el MIR. Yo le decía que a mí eso no me gustaba y él me explicaba que todo era política, que hasta yo hacía política en la casa cuando me preocupara que la plata alcanzara para todos. Decía que era muy injusto que al pueblo no le dieran educación. Incluso en una época en que su papá- que trabajaba de chofer de

trolle- anduvo bien deprimido y cayó en el trago, el Lucho le conversó y le propuso hacerse cargo de la casa para que él pudiera estudiar.

El año 69 mi hijo entró a la Universidad de Chile a estudiar ingeniería y pensamos que iba a ser el puntal de la familia, que iba a terminar sus estudios y apuntalar a sus hermanos para que también pudieran salir adelante.

Pero la historia fue muy diferente. El año 74 debía decidir qué tipo de ingeniería iba a seguir, sin embargo no alcanzó a hacerlo pues, el sábado 17 de julio cuando iba en su bicicleta a hacer unas clases de matemáticas, un auto con militares lo empezó a perseguir, lo agarraron y se lo llevaron a Londres 38. Yo lo esperaba a almorzar, pero no llegó nunca más. A los pocos días se llevaron también a su amigo Sergio.

Eso sí, nos dejó un recuerdo.

Su compañera, Patricia, estaba embarazada de dos meses cuando lo detuvieron. El 31 de diciembre de ese año nos esperamos todos juntos el año nuevo que coincide con el cumpleaños de mi marido. Esa noche allanaron la casa y se llevaron a mi nuera con ocho meses de embarazo. Así de gorda estuvo en Villa Grimaldi y en Tres Álamos donde estuvo detenida junto a la señora Bachelet. Fue ella quien alertó a los militares que las custodiaban cuando notó que el vientre de Patricia ya no se movía. Pensaron que la guagua había muerto y se la llevaron al Hospital Sotero del Río. Mi primera nieta, Amanda Camila, nació el 13 febrero del 74, varios días pasados los nueve meses. Se estuvo aguantando, pero finalmente nos dio la alegría de tener una parte del Lucho con nosotros.

Raúl Valdés

Viviendo a todo color

por Moyenei Valdés, la hija

No, no me olvido/ La ternura de tu fuerza/ La esperanza que me deja/ Esa manera de vivir/ Esa lucha que hay en tí/ De los escombros que el pasado ha dejado/ Tu nombre emerge.../ Nadie está olvidado/ En ese muro quedó escrito/ Que la vida no se va.

Estas líneas son parte de la canción que Moyenei Valdés -vocalista de Mamma Soul- escribió para su papá. Juntos, se dedicaban a llenar de mensajes a color los muros de la dictadura. Precisamente en eso estaba Raúl Valdés Ponce, el sábado en que un certero disparo por la espalda acabó con su especial manera de vivir la vida.

El año que vino el Papa a Chile, a mi viejo se le ocurrió hacer unos panfletos del tamaño de un billete de luca. La gente los veía tirados en la calle y se agachaba al tiro a recoger. Cuando los tenían en la mano, cachaban que tenían la cara de Pinochet dibujada en estilo comics.

Desde muy chica yo salía a pintar murales con mi papá. Él era director de brigada, con una pintura negra hacía unos trazados gigantes en la muralla y después uno se dedicaba a rellenar su pedazo de la obra.

En la casa había un escritorio lleno de dibujos que había hecho con sus compañeros cuando poco después del golpe estuvo preso en Chacabuco. Aunque era muy chica cuando los vi, caché todo. Era como ver un álbum fotográfico, pero dibujado, que mostraba todo lo pasaba en un campo de concentración.

Mi viejo vio la muerte y la tortura tan de cerca en ese lugar que una vez afuera, quiso aferrarse a la tierra y echar raíces con su familia. Él y mi mamá daban todo por la causa, por eso se quedaron en Chile aperrando y trabajando duro, siempre juntos.

En Chacabuco, mi papá aprendió a cocinar. Preparaba unos guisos y budines de verduras súper extraños. Los fines de semana nos despertaba con unos desayunos increíbles, unos tremendos huevos revueltos con todos los ingredientes del mundo. Después nos levantábamos y nos íbamos de excursión a las montañas, caminábamos horas y horas.

Un sábado me invitó a tirar plantillas, que eran esos moldes a los que se les tira spray y queda el dibujo hecho en la muralla. Yo iba a todas con él, pero justo ese día me quedé en la casa de unos tíos porque se había organizado una fiesta familiar en honor a mi primo recién nacido. Mis papás nos pasaron a dejar y siguieron tirando las plantillas. Quedaron en volver a tomar once.

Empezó a oscurecer y mis tíos estaban choriados, pensaban que los habían dejado pagando con la once. Me fui al baño, miré por el hoyo de la cerradura y vi a mi mamá entrar llorando. Fui a abrazarla, no sabía qué había pasado, sabía que había que llorar no más. Nunca alguien me dijo que habían matado a mi papá.

Más tarde, mi vieja nos contó que estaban pintando en el barrio Brasil cuando en la calle Catedral salió un guardia de los estudios Kreutzberger y empezó a

pegarle. Eran las 4 o 5 de la tarde. Mi viejo la tomó del brazo y cuando arrancaban, el tipo sacó una pistola y les disparó por la espalda. Era el 8 de julio de 1989. Ese guardia resultó ser René Poblete Vega, de la empresa de seguridad Centinel, de propiedad de Manuel Contreras, y el arma con que disparó estaba inscrita a nombre de René Kreuzberger, hermano de Don Francisco. Le dieron tres años de cárcel al asesino de mi padre. A los dos, ya estaba afuera. Por más que lo intentamos, el Informe Rettig no consideró el caso como una violación a los DDHH. Cometida durante la dictadura, porque el tipo que disparó no era uniformado

Así se desarmó mi familia. Estuvimos largo tiempo con los días nublados. Yo no quería vivir, me fui de la casa a los 15 años y viví muchas cosas poco comunes para gente tan joven. Ahora tengo al Nesta, mi hijo, también tengo la música y al Felipe, mi pololo, pero muchas veces me dan ganas de despertar y ser chica de nuevo, que esté el desayuno listo, bañarme, vestirme y salir a pintar con mi viejo.

Francisco Urcicino Lara Ruiz

Un GAP dulcero

por Catalina Lara, su hermana

Francisco Urcicinio Lara Ruiz a los 11 años quería cambiar el mundo. Fumaba Lucky Strike, usaba chalitas en el verano y leía revistas del Llanero Solitario. A los 20 se hizo miembro del Grupo de Amigos del Presidente, el GAP. Luego de ocurrido el Golpe, lo detuvieron en Curicó, portando una metralleta. Estuvo preso un tiempo y luego le avisaron a su hermana que Francisco estaba muerto en la vía pública, que lo fuera a buscar.

Mi hermano se fabricó un emboque con un tarro de leche condensada y un palito amarrado a un cáñamo. Era la novedad del barrio. Al principio todos se peleaban el juguete pero luego los chiquillos imitaron el sistema y cada uno tuvo su propio emboque.

A Francisco le gustaba el arroz graneado y sobretodo el raspadito que sobraba en la olla. También se relamía con chilenitos, calzones rotos y alfajores rellenos con manjar. Cuando llegaba un pastel a su boca, desaparecía en tres segundos.

Siempre nos juntábamos con los amigos del sector, cerca del río, a contar cuentos de terror y chistes. El Pancho preparaba su propio sketch: una secuencia de historias que no repetía nunca. Yo no sé de dónde sacaba tanto cuento para revolcarse de la risa.

Algunos domingos con nuestra familia subíamos caminado el Cerro de la Virgen y cuando llegábamos nos comíamos la sandía que pacientemente había cargado mi hermanito. Luego del desayuno frutal y de ir por los senderos a un baño improvisado de espinos, jugábamos hasta morir de cansancio. Mientras, mi mamá le pedía a la Virgen algún favor. Y luego de mirar juntos por última vez la perspectiva de la gran ciudad y ubicar nuestra casa perdida en una cuadra de la Costanera, bajábamos contentos, en picada, creyéndonos mariposas, aterrizando en la ribera del Río Claro (que en ese tiempo sí que era claro) para regresar revoloteando, otra vez a casa.

A los 12 años al Pancho se le acabó la jugarreta. En realidad, él no quiso seguir estudiando, quiso ser grande y se puso a repartir verduras. Un año antes, comenzó a frecuentar la sede del Partido Socialista porque quería luchar "para que en Chile hubiera justicia social". Tenía 11 años y "quería cambiar el mundo". Luego retomó sus estudios en la escuela nocturna. Durante el día, era cobrador de pasajes de las micros que iban al campo.

A los 18 años conoció a su pareja. Se tomaron un terreno y se fueron a vivir a la 8 Sur en un campamento de la población Lircay. Él mismo construyó su casa, compraron los paneles prefabricados y los martillaron con ayuda de algunos vecinos. En el jardín plantó "Coronas del Poeta" (de esa mata saqué yo una patilla que hoy florece en el jardín de mi casa). Su living era de coligüe y sus cuadros, posters del "Ché Guevara".

A los 20 años lo eligieron para ser miembro del GAP. Medía 1.77, su contextura era maciza y ágiles sus movimientos. En el partido había tomado cursos de karate y otras formas de defensa. Francisco, como miembro del GAP, se reunía con el

Presidente Allende y tenía a cargo una camioneta. En ese automóvil iba - acompañado de Wagner Salinas- cuando lo detuvieron los carabineros de Curicó y lo llevaron a la cárcel de esa misma ciudad. Los acusaron de porte ilegal de armas. Sí, usaban una metralleta como parte de su indumentaria... El mismo tipo de arma que utilizaron los gendarmes cuando les hicieron varios simulacros de fusilamiento a Francisco y Wagner.

En esos momentos Francisco volvió a creer en Dios. Así me lo confesó una vez que pude visitarlo en la cárcel. "¡Qué bueno, Pancho!", le dije y me acordé de cuando éramos niños y dormíamos en un camarote -él abajo y yo arriba- había que rezar antes de dormir, pero al Pancho siempre se le olvidaba la oración y me preguntaba "¿qué sigue ahora?".

Lincoyán Berríos

Lincoyán

por Marisol Berríos, su hija.

Algarrobo, 1965. En esta foto mi papá está al centro. A su derecha, mi mamá. Una de las niñas que mi padre toma de la mano soy yo y la otra, mi hermana Pamela. Las demás jóvenes en traje de baño son mis tías.

Después de ésta, muchas veces más fuimos a la playa. Levantábamos unos toldos para cobijarnos del sol y prendíamos una fogata para hervir las cazuelas. Mi papi y mi hermano Pancho armaban un equipo de fútbol y yo con mi hermana, otro. Aunque nosotras le poníamos todo el empeño, era de esperarse que nos metieran 60 goles. Eran muy frescos y cometían todo tipo de faltas. Había un árbitro invisible que se hacía el leso, que no mostraba ni tarjetas amarillas ni rojas, por más que alegaba el equipo femenino.

Una vez en Santiago, mi padre organizaba unos almuerzos familiares apoteósicos. Cada uno aportaba con su especialidad: ensaladas, postres, jugos, vinos. Lo que más esperábamos nosotros los chiquillos, eran los picarones que hacía mi abuela. Los grandes comían en el mesón gigante y los chicos, en la "mesa del pellejo". En esas fiestas en la Villa Macul, el show estelar era la imitación de los Beatles que hacíamos yo y mi hermana. Mi padre era el presentador y el que más se reía con

nuestro "Yelou Sumarín". También entraba al espectáculo el compadre "Chiporro" con el tema "López Pereira" de Los Chalchaleros.

En esas comilonas, mi papá contaba que su bisabuela había sido una vieja muy "encachá", que anduvo detrás de Recabarren cuando éste se fue al norte a revolver el desierto con ideas comunistas. Mi viejo también decía que él tenía el espíritu rojo, porque, además, le asesinaron a unos tíos en "La Matanza de La Coruña". Ese tiroteo en una oficina salitrera ocurrió en la misma época de la "Matanza de Santa María". Por esas marcas, mi padre se inscribió a los 14 años en el Partido Comunista.

La sede del PC era como nuestra casa. Los viejos eran choros y yo los quería como si fueran tíos de verdad. Tiraban tallas y se reían a cada rato. Una vez acompañé a mi padre a la oficina de su jefe en la Caja de Empleados. En una pared estaba colgada la foto de un señor con barba. "¡¡Mira papi, el camarada Lenin!!" Le dije yo para risa de los viejos... el barbudo era Arturo Prat.

Mi padre, además de risueño era un negro dicharachero, coqueto y apetecido por las mujeres. Pero, a pesar del acoso, amaba a su "Rebequita". Mi madre era una beata católica que lo "obligó" a casarse por la iglesia. Él, de tan enamorado prometió amarla para toda la vida ante un Dios en que no creía. Las hermanas de mi madre también eran muy pechoñas, pero querían tanto a mi padre que igual votaron por Allende. El ni siquiera se los insinuó, porque se respetaban en sus ideas. Incluso, una vez que mi padre pasó por El Vaticano en una de sus giras por la dirigencia sindical, les trajo una imagen del Papa.

Alfredo Rojas Castañeda

Al principio me costó, pero uno aprende rápido. Los patrones de la casa donde yo trabajaba le tenían harto cariño, porque yo lo tenía muy bien enseñado. Incluso me ayudaron para que, ya más grande, pudiera entrar a estudiar al Instituto Nacional.

Nos cuidábamos mucho el uno al otro. En las mañanas, yo le dejaba su comida lista y cuando él volvía del colegio se calentaba su almuerzo. Me tenía todo ordenado cuando yo llegaba de vuelta del trabajo. En las tardes, le preparaba cosas ricas porque era muy dulcero. Lo que más le gustaba eran las claras batidas con azúcar flor. Le hacía arroz con leche y le poníamos encima esas claras batidas.

No dejamos que nadie más entrara en nuestra familia. Yo tenía mis pinches, pero no los llevé jamás a la casa, no quería un padrastro para el niño, no quería que nadie lo mandara ni le gritoneara. Por su parte, mi hijo nunca me presentó formalmente alguna polola. Yo sé que él tenía sus romances, pero siempre fuera de nuestro hogar.

Mi hijo siempre fue "el niño". No sólo para mí, sino para todos quienes lo conocieron. Después del Instituto Nacional, pudo entrar a estudiar ingeniería en la Universidad de Chile, gracias a una beca. En ese tiempo ingresó al Partido Socialista. Cuando llegaban sus compañeros del partido a buscarlo no me preguntaban por Alfredo sino, por "el niño". Ni siquiera dejaron de llamarlo así

cuando, a los 31 años, fue nombrado Director de Ferrocarriles de Chile por el Presidente Allende.

Se recibió a los 24 años. Entonces le dieron una beca para ir a estudiar seis meses a Suecia. Fue la primera vez que nos separamos tanto tiempo. Todos los días me llegaban sus cartas con fotos donde aparecía junto a personas de todas partes del mundo, chinos, africanos, gringos... Cuando volvió, empezó a trabajar y nuestra situación económica cambió. Arrendamos una casa en la Reina. El niño se iba en auto a trabajar.

El año 74 lo empezaron a seguir los militares. Un día lo fueron a buscar a su oficina, lo llevaron a interrogar y me lo devolvieron en la noche. Yo le rogaba que se asilara en alguna embajada, pero me acuerdo perfecto de su imagen apuntando con un dedo sobre la mesa: "Yo no he hecho nada. Si aquí está la lucha, aquí tengo que estar yo."

El 4 de marzo del 75, lo tomaron en su auto cuando venía de vuelta a la casa. Me quedé esperándolo, dieron las doce, la una... y no llegó más. Al otro día me fui a buscarlo por todos lados y no he parado hasta hoy, aunque ya me estoy sintiendo un poco agotada.

Marcelo Concha

Papá de película

por Lilia Concha, su hija.

“Llegamos desde el estadio volando y sin mucho atraso/ nos recibieron con una banda/ caramba/ y su buen charchazo”...

Esta cueca fue grabada clandestinamente en el recinto militar “Chacabuco” por el “Conjunto de los Chacabuco”, formado por Marcelo Concha Bascuñán Renán, Angel Parra y otros..

Marcelo, un ingeniero agrónomo titulado en la URSS, fue lanzado al Océano Pacífico 40 millas al oeste, frente al puerto de San Antonio. En esta crónica, su hija Lilia, recuerda los momentos de película que vivió junto a su padre.

Yo nací en Moscú en 1968. Mis padres habían ido a estudiar agronomía a la Universidad Patricio Lumumba de la URSS. Allá se conocieron, se casaron y se separaron.

Cuando ganó la UP en Chile, a mi padre le vino el desespero por regresar al país y como ya había terminado su carrera, se vino con su guagua al hombro. O sea, conmigo.

Yo era muy chica cuando íbamos de paseo al sur. En la camioneta echábamos mi bacinica, una proyectora de cine cargada con cintas y la comida que preparaba mi abuela. Cuando llegábamos a nuestra casita en Puerto Montt, lo primero que mi

padre hacía era armar el armatoste donde proyectaba las películas. En eso se tardaba un buen rato y mientras él se preocupaba de encajar los tornillos, yo daba infinitas vueltas alrededor de la máquina. Hasta que un día, la proyectora se cayó y las piezas rodaron por el suelo. Mi padre me miró atónito. Amaba su proyectora, pero también a mí, así es que no me dijo nada. Menos mal que –con mucha paciencia- mi papá pudo armarla de nuevo. En seguida, buscó una sábana blanca y nos sentamos en el piso a mirar, embobados, cómo yo me comía la tierra de la Plaza Roja, mientras mi mamá me decía:

|||No, caca, no!!!

Cuando los milicos entraron a allanar nuestra casa, lo primero que se llevaron fue la proyectora de cine y también las películas. Ellos decían que mi papá era espía soviético, porque además tenía una cámara de fotos Zenith.

Ahora que mi padre no está, sueño con ver de nuevo esas cintas. Una noche, me hipnotizó la televisión y caí en un programa español que se llama “Sorpresa, sorpresa”. Esa vez, contaban la historia de una mujer que había perdido unas cartas hacía diez años y lo único que quería en la vida era encontrarlas.

||||Sorpresa, sorpresa!!!!, gritó la animadora y le entregó las cartas recuperadas quién sabe dónde. Si tuviera que pedir un deseo, pediría que regresara mi padre con su cámara de cine a filmar cómo mi hijo se come la tierra de los maceteros, mientras le doy un beso que dure mil años al camarógrafo.

Jacqueline Paulette Drouilly Yurich

Temuco a full

por Michelle Drouilly, su hermana

Jacqueline Paulette Drouilly Yurich veía la vida como una tómbola en la que ella siempre se sacaba el premio mayor . Sólo una vez reconoció que estaba asustada. Eso fue un par de días antes que la detuvieran junto a su marido el 30 de octubre de 1974. Tenía 24 años y aún entonces hizo lo que quiso: recluída en Cuatro Álamos se escapaba de la fila cuando las llevaban al baño y se asomaba un segundo a la celda de los hombre para arrojar a los oídos de su amor un fugaz "Hola Marcelo".

En Temuco arrasaba. Hacía lo que se le daba la gana, tenía 25 movidas al mismo tiempo, y yo, cabra chica, me encarga de acusarla de todo. Con siete años de diferencia, teníamos una relación bien conflictiva. Fui la segunda de cuatro hermanas y llegué a quitarle el trono de hija única. No me inflaba mucho, nos detestamos cordialmente hasta que fui creciendo y llegó un punto en que pasé a ser cómplice de todas sus locuras.

Ella fue parte de una casta que yo he llamado de "princesas sureñas": niñas lindas, de ascendencia europea, hijas de padres pudientes, estudiando en colegios bilingües o de monjas, y con la seguridad que todo lo podían. Y en

efecto, la Jaquelina no le tenía miedo a nada. Pasaba de aquí a allá como un torbellino. Me sorprendía la forma en que todo el mundo la miraba cuando llegaba a alguna parte. No era una niñita frágil, menuda. Al contrario, tenía un cuerpo macizo y un carácter muy vital que atraía increíblemente a los hombres.

En su juventud hizo todo lo que se le vino a la cabeza. Tenía muchos pololos y amantes, en las fiestas bailaba arriba de la mesa, hacía la cimarra en el colegio, se iba a dedo a Santiago, viajaba mucho. Con una amiga se dedicaban a hacer velas para juntar plata e irse de vacaciones. Me acuerdo que la materia prima de esa producción eran las velas que se choriaban de la Gruta de Lourdes que estaba al lado de la iglesia San Francisco.

El '72, fue a Bolivia. Volvió super bronceada, sus ojos verdes se destacaban más que nunca. Se hizo trenzas y se puso una blusa artesanal bordada que había traído del viaje y que le tapaba apenas los calzones. Así se fue al centro a, según ella, hacer diligencias. Pero, mi papá la pilló y la agarró de una oreja. Ella se defendió diciendo que en los pueblos bolivianos las cholas usaban las mismas blusas. Mi papá le respondió que sí, pero con falda debajo.

Esa debe haber sido una de las pocas paradas de carro que él le hizo a su hija mayor porque usualmente, le cubría todas sus tonteras. Nuestra familia era bien atípica. La casa estaba siempre llena de amigos, y en general existían muy pocos límites.

Hace algunos años conocí en París a un exmirista de Temuco. Cuando le pregunté si conocía a mi hermana, se sacó un calcetín. Le faltaban dos dedos del pie. "¡Esa fue tu hermanita probando su arma durante un entrenamiento en Neltume!", me dijo.

Sinceramente, yo pienso que la Jaquelina se fue involucrando en el MIR más por sus pololos que por convicción o ideales. Yo creo que si se hubiera enamorado de algún Patria y Libertad, la cosa hubiera ido por ese lado.

En agosto del 74 se casó en Santiago con su amor de siempre, Marcelo Salinas Eytel, también mirista. Se consiguió con un tío una hora en el registro civil, hicimos una fiesta en su casa y eso fue todo. Era así de "al lote" para todo. En esa época ella estudiaba Servicio Social en la Universidad de Chile. Mis papás vinieron a visitarla dos meses más tarde. El día que ellos regresaban a Temuco, la Jaquelina llegó atrasada a despedirlos en la Estación Central. Tenía puesto un delantal de cocina. Se lo sacó corriendo, y alcanzó a pasárselo a mi mamá por la ventana del tren. Sólo entonces salieron de su boca unas palabras que jamás le habíamos escuchado. "Tengo susto" - les dijo, mientras les hacía señas con la mano.

Bernardo Lejderman y Rosario Ávalos

Verdades mentirosas

por Ernesto Lejderman, el hijo

Ernesto Lejderman tenía dos años cuando un grupo de militares baleó a sus padres, matándolos frente a él. Hoy arma su historia mediante los recuerdos de otros, porque su memoria de niño olvidó la tragedia para inocular el alma contra el llanto. De pequeño se fue a vivir con sus abuelos argentinos y hasta los once años estaba seguro que Bernardo Lejderman y Rosario Ávalos -sus padres-habían fallecido en un accidente de tren. Eso era lo que le decían, pero un día cualquiera, revisando la prensa argentina, la verdad llegó hasta sus ojos.

Mi padre era argentino y en un viaje que hizo por Latinoamérica se enamoró de mi madre que había nacido en México. Él era músico, maestro de primaria, estudiante de derecho y principalmente político. De mi madre sé que era maestra particular de inglés y estudiante de sociología. Era muy tímida y tranquila en la universidad, pero un día su personalidad cambió. Empezó a hablar en las asambleas y a meterse en líos políticos. Nadie entendía nada, hasta que ella confesó que había conocido a un argentino y que se había enamorado. Se casaron en 1970. A fines de ese año viajaron a Chile entusiasmados por la Unidad Popular. Después de un tiempo se instalaron en el Valle del Elqui, en

Vicuña. Mi viejo trabajaba como asesor de servicio social de ese lugar con gente del PC, del PS, del MAPU y del MIR.

A mediados del 71 nací yo.

El trabajo que hicieron allí fue muy importante. Eso me quedó claro cuando fui a conocer el pueblo hace algunos años. La gente de Vicuña se acordaba muy bien de ellos. Me contaron que yo era muy llorón, muy juguetón. Algunas familias que conocí me invitaron para que me quedara con ellos. Aprendí mucho en ese viaje. En Vicuña nos pilló el golpe. A mis padres los escondieron en las montañas y aunque estaba con ellos, no recuerdo nada.

El año 90 el caso fue investigado y hoy existen pruebas de lo que sucedió. La historia de cómo los mataron parte del error que cometió un compañero que les llevaba cosas a las montañas. Subió a un taxi y habló con el chofer: «tengo que llevar unos zapatitos a un hijo de unos amigos...» le dijo al taxista y éste fue al regimiento y contó la historia.

No estuvieron detenidos, los ejecutaron en las mismas montañas. Primero a mi mamá que estaba en unas cuevas y me tenía escondido. Después a mi viejo que intentó arrancar. Lo rodearon y le dispararon por todos lados.

Era diciembre del 73. Los militares me tomaron y me llevaron a un convento.

Luego, mi familia paterna de Buenos Aires hizo las gestiones para llevarme con ellos.

Hasta los 11 años, la versión que tuve de la muerte de mis padres hablaba de un accidente de tren. Pero yo varias veces me hacía el dormido, escuchaba conversaciones e intuía que había algo más. A esa edad me enteré de la verdad por un recorte de diario. Nadie me la contó, lo encontré yo solo. Fue como

enterarme de algo que no era mío. Me sentí raro. La historia completa recién la conocí el 91, cuando ya tenía 20 años. Entonces nos llegó a Buenos Aires la carta de un amigo de mi viejo diciendo que había una pensión de la cual yo podía ser beneficiario. Como estábamos mal económicamente, viajé a Chile. Ahí me encontré con todo este pasado. Estuve con tres amigos de mis viejos que me acercaron a la historia. Los viajes a Vicuña también me sirvieron.

En ese pueblo, uno de los vecinos me llevó hasta el lugar donde los mataron y me explicó cómo fue todo. Él conocía bien los hechos porque estuvo ahí el 73: fue la persona que llevó a los militares hasta el escondite, tras recibir una disuasiva dosis de torturas.

Alejandro Parada González

Cocinando con Cano

por Amanda González, la mamá

Alejandro Parada González, tenía 22 años cuando un ruidoso operativo militar lo sacó semidesnudo de su casa. Estaba recién casado y le quedaban dos meses de espera para el nacimiento de su hija. Aunque su mamá lo recuerda medio desabrido de voz, siguiendo la pista de su hijo desaparecido, hace algunos años se enteró que el "Cano" se hizo famoso como intérprete del tango Cambalache cuando estuvo detenido en Londres

38.

De chico, el Cano era parlanchín y terriblemente metepatas. Cuando llegaban sus tíos de visita me hacía pasar una planchas tremendas. Se ponía en actitud, con las manos detrás de la espalda y se fargaba a preguntar de todo, era cargante, no dejaba a la gente tranquila.

Fue mi ayudante número uno en la cocina, especialista en batir y rallar. El merengue le quedaba de lujo y - a diferencia de mí- nunca se hizo tira los dedos en el rallador. A veces buscábamos unas recetas bien raras y nos afanábamos para que quedaran perfectas. Él era el encargado de medir todos los ingredientes con la mayor exactitud. Si en la revista decía: "hasta obtener una masa de un

centímetro de grosor", lo tomábamos literalmente; el Cano partía a buscar la huincha y medíamos milímetro a milímetro.

Aunque era bien loro de chico, cuando creció se puso retraído, siempre estaba leyendo o escribiendo. A pesar de que era muy buenmozo -alto, con unos ojos intensamente azules y unas manos hermosas- no le conocí ninguna polola. Eso sí, le gustaba mucho la vecina del departamento del frente. Me acuerdo que su ventana estaba justo frente a la de ella, así que se sentaba en su escritorio a mirarla. Sus hermanos llegaban a acusarlo: ¡ Mamá, el Cano ya está mirando a la Minka!..

En el liceo iba bien seguido a las marchas y manifestaciones. A mi me encantaba que participara, aunque entre el trabajo y mis seis hijos nunca estuve muy al tanto de lo que pasaba. Yo creo que por ahí se fue vinculando con la política, además tenía unos tíos que eran bien comprometidos. Cuando entró a la Universidad de Chile a estudiar Veterinaria, ya militaba en el Partido Socialista, hasta tuvo un cargo en su facultad.

A los 21 nos dio la noticia que se casaba con una compañera de partido. Ya era diciembre del 73, así que por seguridad, no era mucho lo que se podía celebrar. Fui la única que los acompañó en la ceremonia. Se casaron y pasamos a un local donde brindamos los tres solos con una bebida.

Un par de meses más tarde, llegó una carta de los militares que decía que el Cano se tenía que presentar en un cuartel. Anduvo medio escondido de un lado para otro, hasta que el 30 de julio a las tres de la madrugada lo fueron a buscar a su casa en Cerrillos.

Fue un operativo bien grande, con balazos y mucho ruido. Lo sacaron en calzoncillos a la calle. La Ana, su señora, gritó tanto, que lo hicieron volver a vestirse. Ya venía todo ensangrentado con los codos y las rodillas peladas. Se llevaron todo, el instrumental que le habíamos comprado para sus clases de veterinaria, las cajas con cosméticos que vendían para hacer algo de plata... Mi nuera quedó sola, con siete meses de embarazo.

Al principio yo estaba totalmente desconcertada, no sabía lo que estaba pasando, pensaba que contratando a un detective privado lo encontrábamos de todos modos. De a poco me fui dando cuenta, supe que estuvo detenido en Londres 38 dónde, a pesar de su timidez, los entretenía a todos cantando "que el mundo fue y será una porquería ya lo sé..."

Augusto Carmona

Días de juerga

por Alejandra Carmona, su hija

Augusto Carmona era parte de la generación del '68 en el Pedagógico. Como periodista, fue jefe de prensa de Canal 9 y miembro del consejo de redacción de la revista Punto Final. Todo esto antes de pasar a la clandestinidad en septiembre del 73. Alejandra es su hija, estudió cine en Alemania y hace algunos meses recorre las calles de Santiago, cámara en mano, con la intención de rescatar la historia de su padre y convertirla en documental.

Con mi papá descubrí mundos que de otra manera nunca hubiera conocido. Los fines de semana me pasaba a buscar temprano a la casa de Las Condes donde mi madre y yo vivíamos. Emprendíamos viaje por los lugares más divertidos de Santiago. Ibamos a los Juegos Diana, al zoológico o a Las Rejas, donde mi abuelo organizaba unas peleas de gallo alucinantes. Ahí estaba yo, la única mujer en medio de cien hombres haciendo apuestas, gallos enfrentándose, sangrando, todo esto envuelto en un inolvidable olor a asado.

Mi viejo siempre andaba armando esos famosos asados. Durante los veranos que pasábamos juntos en El Quisco, se le ocurría instalarse en la mitad de la playa para comer frente a las olas. Esas temporadas en el mar eran puro regaloneo, en

las mañanas nos acurrucábamos en la cama, él leía y sacaba sus puzzles. Como tenía un problema al corazón, no era de esos papás que andan corriendo o subiendo cerros, pero era un conversador apasionado y le ponía mucho color a todo.

Por ejemplo, una vez andábamos en una reunión con sus amigos y se nos hizo tarde. Él estaba asustado como un cabro chico porque íbamos a llegar entrada la noche y mi mamá nos iba a retar. Yo le decía que se relajara, pero él tiritaba tratando de hacer parar las micros. Cuando llegamos, mi vieja nos estaba esperando en la esquina como un paco. Con los nervios hasta se nos olvidó que traíamos un tarro de Milo... Y ya íbamos rumbo a la casa con mi mamá cuando él se acordó y empezó a llamarnos. Me devolví al paradero y me impresionó ver que estaba llorando de pena.

También hubo lágrimas durante nuestro último encuentro. Yo tenía nueve años, nos despedimos en una esquina, me subí a un auto camino al aeropuerto y me quedé mirándolo por la ventana. Lo vi triste, yéndose por los portales que están frente a la Plaza de Armas. Era octubre de 1973 y con mi mamá nos fuimos exiliadas a la RDA. Yo sabía que era muy posible que no lo viera nunca más: había milicos y armas por todas partes y él se quedaba en la clandestinidad como editor y director de El Rebelde. Además, era miembro del comité central del MIR. Mientras estuve en Alemania nos escribimos todo el tiempo. En uno de sus mensajes recibí una frase que me marcó para siempre: «la vida es mezquina cuando se vive sólo en beneficio de uno mismo, en cambio es rica y fructífera cuando se vive en beneficio de los demás». En esas cartas había que descifrar todo tipo de claves; para disimular, habíamos inventado que él era un

comerciante... Siempre comentaba que el negocio iba bien y que esperaba morir rico y acaudalado...

Un sábado en la mañana cuando volvía del colegio en Berlín, vi a mi mamá parada en la escalera del edificio, en bata de levantar. Llorando, me senté en un sillón a escuchar la noticia: hacía dos días que habían matado a mi padre en la puerta de la sede del Mir de calle Barcelona.

El 7 de diciembre del 77 los militares rodearon el lugar y cuando lo vieron llegar le dispararon por la espalda. La noticia apareció en la prensa recién el día 9 y mi vieja se enteró a través de Radio Moscú. Yo sólo logré realizar el duelo dos años después cuando volví a Chile. El 79 fue mi año más negro, me quedaba esperando los fines de semana y anduve largo tiempo como hipnotizada, llorando en las micros que transitaban por Las Rejas o pasaban por afuera de los Juegos Diana.

Juan Chacón Olivares

Galán de galanes

por María Cristina Olivares, su mamá

Juan Chacón Olivares tenía sólo 16 años menos que María Cristina, su mamá. Cuando él nació, ella se quedó largo rato perpleja, observando a ese hombrecito de tres kilos y 57 centímetros que llenaba sus brazos. Más que madre e hijo, esta pareja conformó un excelente dúo de mutua cooperación: él se convirtió en guapo escolta y ella en proveedora de dulcísimos manjares, encabezados por el Brazo de Reina relleno con chocolate, que era lo que a Juanito más le gustaba en el mundo.

A las tres la mañana del 24 de junio del 46 empezó a nacer mi primer hijo, Juan. La matrona que me atendió en el Hospital de La Serena, me dijo que no se me ocurriera ponerle otro nombre por que era de muy buena suerte nacer en la noche de San Juan. Y aunque mi guagua sólo se decidió a dejar mi útero 20 horas más tarde (cuando ya íbamos para San Guillermo), a mis cortos 16 años no se me ocurrió contrariar el consejo de una profesional de la maternidad, materia que hasta entonces yo sólo había conocido jugando a las muñecas.

Mi marido era ingeniero en minas, trabajaba afuera y no pasaba mucho en la casa así que Juan era mi eterno acompañante. En La Serena nos inventábamos hartos panoramas. Íbamos al río a pescar camarones, a jugar a la plaza, a bañarnos en

el mar, etc. Cuando nos vinimos a vivir a Santiago él me acompañaba cada vez que yo salía porque sola no sabía ni tomar la micro para ir al centro a buscar a mis hijas que estudiaban en el Liceo 1. También era mi escolta cuando me tocaba ir a cobrar el sueldo de mi marido. Caminábamos del brazo por el Paseo Ahumada. Siempre le gustó andar bien pinteado. De grande, se dejaba un bigote finito, se peinaba hacia atrás y se preocupaba de vestir bien, con sus chaquetas de gamuza y sus zapatos finos. No se le podía comprar un par de zapatos que costara menos de 20 lucas, que para esos tiempos era realmente caro.

La vanidad era su pecado, y es que mi hijo era muy buen mozo. Las chiquillas del Liceo de La Serena pasaban frente a nuestra casa a la salida de clases y se ponían a gritar. Me acuerdo que me decían: Suegra! Cúideme al niño! Juanito no perdía el tiempo, era muy pololo, bien mujeriego. Cuando llegamos a Maipú, las niñas del barrio salían a tirarle cordel para que cayera.

El año 62 toda la familia viajó a Cuba porque mi marido se fue contratado por el Gobierno de Fidel Castro para trabajar allá. Al poco tiempo, Juan se volvió para estudiar Veterinaria en la Universidad de Chile, detrás suyo nos vinimos todos. Yo creo que desde Cuba llegó con sus ideas políticas bien claras y que una vez en la U se fue involucrando cada vez más, hasta ingresar al MIR.

De su actividad política yo supe muy poco porque para esos años él ya estaba casado y vivía con su esposa Verónica y su hija, Camila. Además, trabajaba como jefe zonal de Socoagro en Concepción por lo cual siempre estaba yendo y viniendo en una Renoleta que tenía.

Todos los domingos, eso sí, llegaban los tres a almorzar a la casa. Era tan golozo que me llamaba el día anterior para pedirme que le preparara Brazo de Reina de chocolate . Cuando estábamos en la mesa se ponía a contar cosas de su trabajo como veterinario, detalles de sus cirujías, de las enfermedades de los animales, o cuando le tocaba meterles hasta el codo a las vacas para examinarlas. Lo hacía a propósito. Mientras todos lo escuchaban y se quejaban de lo asqueroso que era, él se iba comiendo una a uno todos los postres.

Yo me esmeraba preparándole cosas ricas, lo esperaba con unos estofados gloriosos con ensalada surtida. Ahora, sus hermanos me reclaman porque ya no sé cocinar nada. Es cierto, las cosas me cambiaron harto después que se llevaron a mi Juan. Se me olvidaron todas mis recetas y tuve que aprender a andar sola por la calle para poder buscarlo. Hasta de casa nos tuvimos que cambiar porque los vecinos no me dejaban en paz.

El año 78 su esposa y su hija se fueron a vivir a Suecia. Sólo una vez vinieron a visitarme. Mi nieta Camila ya tenía 22 años y Chile no le gustó nada. Tampoco le gusta hablar de su padre. Me hizo sufrir harto escucharle decir que Juan había sido un irresponsable que sólo se dedicó a la política y que a ella la había dejado botada.

Carmelo Soria Espinoza

Un caballero de cepa

por Carmen Soria, su hija

Carmelo Soria Espinoza tenía algo más de 20 años cuando dejó Castilla, su tierra natal. El fusilamiento de su hermano en manos de las tropas franquistas gatilló su partida hacia a Argentina en busca de apoyo para el movimiento anarquista que resistía la dictadura en España. Una vez en el "nuevo continente", escogió a Chile como destino final de su obligado exilio. Aquí, formó una familia y se dedicó al mundo de los libros y la imprenta. El 14 de julio de 1976, al salir de su trabajo, fue secuestrado por agentes de la DINA pertenecientes a la Brigada Mulchen y asesinado dos días más tarde. Tenía 54 años y se desempeñaba como Jefe de la sección Editorial y de Publicaciones del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).

Mi papá llegaba temprano a la casa. Nos saludaba con su voz ronca, profunda y cargada de ese acento español que le daba una prestancia que me asombraba. Le encantaba recitar en voz alta, cantar y compartir la música con sus tres hijos. Recuerdo que la primera vez que vino Serrat a Chile, me llevó a verlo.

Tenía la capacidad maravillosa de hacernos sentir lo más importante y querido de su vida. Era dulce con mi madre; siempre estaba haciéndonos cariño y bromas.

Eso sí, también era muy terco. Había que tener cuidado cuando se enojaba porque la furia ibérica es cosa seria.

Lo que más disfrutábamos juntos eran las comidas. Todos los días almorzábamos en familia. No había mejor compañero que él para gozar un buen plato y una animada conversación. Mi papá tenía una particular manera de sanarse de cualquier dolencia. Su receta infalible consistía en ingerir abundantemente papas con huevo y tocino frito. Si a eso se le agregaba un buen chorizo, la cura era segura y definitiva. Ese es un remedio que hemos corroborado sus hijos, y que sus nietos también practican.

Tengo muy bien grabadas en la memoria las fiestas navideñas que pasábamos juntos. Se juntaba mucha gente y lo que yo más disfrutaba era ver a mi padre bailando con mi mamá. Siento que él supo vivir apasionadamente su vida.

Era un hombre de pocos y buenísimos amigos. Me gustaba oírlo hablar acerca de los libros y la poesía. En esas conversaciones conocí las anécdotas que vivió junto a sus amigos y también todo el dolor de la guerra civil española, los compañeros que habían muerto o estaban presos en España.

Guardo bellísimas imágenes de nuestro primer viaje a su país, cuando mi papá obtuvo autorización para entrar, el año 65. En Madrid conocí a su hermanos Arturo e Isabel y a mi abuela Carmen. Dormíamos en la mítica casa familiar de Martínez Campos y en las tardes nos sentábamos en el café Gijón, a comer churros con chocolate. Quisiera haber sido mayor para recordar mejor esos momentos, la emoción de volver a su tierra, el reencuentro con sus amigos, los abrazos, las lágrimas y el olor exquisito a libros viejos.

Enero y Febrero eran sagrados. Toda la familia se trasladaba a Maitencillo en una época en que ese lugar aún era desconocido. Durante esos veraneos no vi jamás a mi padre en traje de baño. Ni siquiera se mojaba las manos, decía que el Pacífico no era para seres humanos. Su mar sin duda era sólo el Mediterráneo. Solía bajar muy vestido a la playa. Siempre llevaba el periódico, su pipa y una silla.

No había nada más rico que meternos todos a la cama con la excusa de ver cualquier película,. Entonces, empezábamos a jugar hasta dormimos cansados y amanecer calientitos, rodeados de humo, eso sí, porque él siempre fumó sin parar. Mi papá era un caballero de cepa que siempre estaba mostrando o enseñándonos algo. Un hombre con la emoción en la piel, tierno en sus palabras y que sabía decir con firmeza lo que pensaba. Nos enseñaba a ser directos, detestaba la hipocresía y el acomodo.

Yo tenía 16 años cuando una mañana me despedí de él y no volví a verlo. Dos días más tarde, junto a mi hermana Laura, buscábamos su cuerpo a las orillas del Canal del Carmen.

conclusión

Nuestras historias

El contacto con las historias de vida de nuestros muertos y desaparecidos no puede ser asumido como una visita o "vistazo" a la trastienda de un país que hoy pretende mirar hacia adelante, olvidando. Por el contrario, es necesario establecerse, echar raíces en esta tierra aceptando toda la historia que la nutre y encontrar las herramientas para trabajarla con cariño, comprendiendo cuales son sus carencias y fortalezas.

Sin lugar a dudas, el abono más urgente debe aplicarse al terreno de la memoria y la materia prima de este tratamiento está en la recuperación del habla. La invitación es a instalar estas historias entre nosotros. De este modo, los rostros que desfilan en pancartas, los nombres inscritos en memoriales dejan de ser sólo fantasmas que habitan las listas del informe Rettig y adquieren una forma propia a través de estas historias de finales precipitados que nos pertenecen, que debemos conocer.

Superar esta "dificultad del habla", esta "pérdida del discurso" que diagnostica el sociólogo Tomás Moulian para los pueblos que han sufrido experiencias límites, es el primer paso para desmalezar el suelo que habitamos.

Este síntoma se hizo evidente durante las conversaciones sostenidas para lograr sacar afuera las historias presentadas en este trabajo. Muchos de los familiares enfrentan grandes dificultades a la hora de citar momentos que muchas veces jamás se han puesto en palabras. Los gestos, los juegos de infancia, la complicidad de hermanos, las mañas, las "tallas", las palabras que usaban, se van perdiendo, van quedando en el último rincón de las memorias. Sólo se mantienen

los estereotipados recuentos de fechas, hechos, características físicas y hasta fichas médicas que deben recordarse y repetirse una y otra vez para llenar el papeleo que exigen los tribunales en la búsqueda de cuerpos y culpables.

Dichos datos están tan fijos en el imaginario de los familiares que al encontrarse en el rol de entrevistados asumen inmediatamente el archiconocido interrogatorio, contestando de corrido:

- Desapareció el....
- Tenía.... años
- Lo detuvieron en...
- Estuvo preso en...

Sin embargo, encontrar las respuestas para "¿Qué le gustaba comer?, ¿Cómo te apodaba?, ¿Cuántas veces fueron al cine? o ¿Qué lo hacía llorar?", se vuelve complicado. Al romper el esquema acostumbrado, se abren recovecos olvidados de pensamientos que traspasan la marca que la muerte. Estos recuerdos, aunque están cargados de pasajes divertidos y anecdóticos, traen de la mano el profundo dolor de saber que son parte de un pasado arrebatado por la muerte. Hubo muchas lágrimas en el interlineado de estas páginas, lágrimas serenas y asumidas como el costo que implica querer sanar, superar el episodio más oscuro de nuestra historia.

Se trata de entregas que implican un enorme esfuerzo y que requieren ser oídas por un país entero. En este sentido, un gran aporte ha sido su publicación - desde abril del 2000- en el periódico The Clinic (ver anexo), trabajo que seguirá en pie con la intención de abarcar todos los casos. También existe el proyecto de dar forma a un libro que recopile estas historias y pueda distribuirse masivamente.

bibliografía

- **NUNCA MÁS EN CHILE: Síntesis corregida y actualizada del Informe Rettig**
Comisión Chilena de Derechos Humanos, Fundación Ideas
LOM Ediciones

- **Chile Actual: Anatomía de un Mito. Tomás Moulián**

- **La Mala Memoria. Marco Antonio de la Parra**

- **El Chile Perplejo: del Avanzar sin Transar al Transar sin Parar**

- **Revista Sábado de El Mercurio. N° 147, 14 de julio 2001**

anexo

Algunos ejemplos de textos publicados en The Clinic



Cambalache Editorial

por Jaime Collyer

En nuestra era del espectáculo, los actores sociales no sólo hacen lo suyo y desarrollan su don peculiar, sino que han de encarnarlo en sí mismos y mostrarse ellos en escena. En épocas precedentes —en que la obra era lo fundamental—, la temática femenina surgía, por ejemplo, en "Casa de muñecas", y poco importaba quién era Ibsen, qué cara tenía, si andaba o no con el colen irritable. O el "Viaje al final de la noche" irrumpía como un huracán en librerías y su autor, Louis Ferdinand Céline, se daba el lujo de ser repudiado por la sociedad francesa de su época, de hipotecar sus derechos civiles por traidor (a la patria), y no dar ni una sola entrevista más a contar de allí. Hoy no, las cosas son diferentes. Hoy son primero el autor, la autora, y lo que tengan que decir en los medios acerca de su libro y de su infancia, de sus pesares tempranos. Hoy son, ante todo, los nombres propios y los escabechos quienes irrumpen en el primer plano, y sólo después sus libros, que no importan mucho, que vienen como un añadido al autor. Y a nadie se le ocurre hipotecar nada: hay que hacer muchísimo lobby y estar en la buena con los estamentos sacerdotales o cenar cada tanto con los "críticos serios", para no quedar reducido al mesón de saldos. Roberto Cotroneo, crítico del semanario italiano L'Espresso, decía que los libros se venden hoy en proporción directa a los centímetros cuadrados de entrevistas que logra su autor(a), y que la crítica actual aplaude a esos autores en proporción directa a la cantidad de veces que aparecen en pantalla. Impera cierta confusión en el medio editorial, y esto no es algo que acabe de ocurrírseme: hace años que los editores ibéricos de renombre (atentos a lo que Jorge Herraide, dueño de Anagrama, denominara alguna vez "autores militante y minoritarios") debaten este asunto, la confusión tan evidente entre el éxito mediático y/o de ventas y el buen gusto literario.

En nuestro medio cñollo, este asunto se ha vuelto endémico, con la complicidad de los agentes que intervienen en la difusión del libro: de algunos grandes editores, porque el "best-seller" les posibilita resarcirse ante los acreedores; de algunos críticos literarios, por una

suerte de arrabismo solapado que los impulsa a ponerse en la foto del lado del glamour y a consular casi siempre con lo instaurado y aceptable (de ahí las grandes injusticias que suelen afectar, históricamente, a los innovadores literarios); y, por último, de cierto periodismo de vocación intrigante que gusta de llenar sus espacios con cahuines servidos en bandeja, para elevar la tirada.

Esta sinonimia habitual entre "éxito comercial" y "buena literatura" es, en todo caso, una propensión de los mercados editoriales más rudimentarios, en ningún caso un defecto así de abundante en España o el hemisferio norte. En España, existen desde siempre dos categorías de autores: los de difusión masiva (por ejemplo, J. J. Benítez y sus "Caballos de Troya"), y los de menor llegada, aunque de mayor espesor literario (por ejemplo, un Antonio Muñoz Molina o un Javier Marías). Ambas categorías no se mezclan ni se confunden. Ocupan lugares diversos en las librerías, en la prensa, en las preferencias de los lectores y en los dictámenes de la crítica. Benítez no envidia a Marías por ser un "escritor serio", y Marías no se resiente porque Benítez venda diez veces más que él.

La distinción entre "escritores" y "escribidores" no es mía: la hizo en mi presencia, hace ya algunos años, Carmen Balcells, que forjó su prestigio de agente literario con escritores de una talla enorme (los del boom hispanoamericano). Quizás para que se los siga incluyendo en los cócteles, muchos de los editores criollos del libro no diferencian, sin embargo, entre ambas categorías y tienden a barajar a sus componentes en un mismo saco, a veces con intrigas programadas en la prensa, a veces con apreciaciones pretendidamente literarias, que, de manera curiosa, casi siempre coinciden con las preferencias del status quo. La literatura prosigue, entretanto, su andadura obcecada, fiel a lo que dijo Borges, un autor militante y minoritario durante toda su vida: "Yo hoy me leo muchísima gente es sólo un hecho estadístico, no un criterio". Y lo dijo —es lo bueno del asunto— cuando ya era una celebridad.



LARA BITEZ DIE: ...No hay nada más pedregoso que un torto con ganas.

DETENIDOS DESAPARECIDOS



LOS AMORES DE SERGIO

por Daniela Peña, su hija

Sergio Peña Díaz era médico veterinario, pero sus energías las concentró en contribuir a desarrollar el MIR. Tenía ganas de arreglar el mundo en que vivirían los amores de su vida: sus dos hijas. Una de ellas, Daniela, revive en esta crónica la imagen de un papá joven, bueno y disciplinado que en alguna ocasión le sacó el juguete entrenando para conservar la buena forma física.

El Sergio tenía dos objetivos muy claros en su vida. Uno de ellos era llegar a ser el mejor amigo de sus dos hijas: la Luciana y yo. El otro, era dedicar todas sus fuerzas a luchar por la justicia, la igualdad y la dignidad de las personas en Chile. Era un hombre disciplinado, que portaba en esas metas todo su empeño.

Cuando mi hermana tenía un año y medio y yo sólo cuatro meses de edad, él le escribió una carta desde la cárcel de Valdivia, donde estuvo detenido el año 73. Desde entonces ya nos trataba de explicar cuáles eran sus intenciones en este mundo:

«Muchas veces me pasa que te imagino de distintas edades. Siempre estamos conversando, tú aprendiendo de mí y yo de ti... creo que lo mejor que un padre puede entregar a sus hijos es amistad, estoy seguro que lo conseguirás».

El año 75 nos fuimos al exilio a Dinamarca donde el Sergio fue jefe del Mir. Vivía muy vinculado a la política y de una u otra forma insertaba trasparencias sus valores, su forma de pensar. Le gustaba la música, me acuerdo que nos cantaba los temas de Los Jaivas, Silvio Rodríguez, Daniel Baglietto y Quilapayán. Antes de dormirme, siempre nos leía un cuento sobre una familia muy pobre en África que pasaba grandes penas porque el papá estaba preso en un campo de concentración; era su forma de hacernos evidentes las injusticias. Una vez, la Luciana salió con que no quería invitar a un compañero del jardín a su cumpleaños, porque era negro. Casi se cayó de la silla espantado. Agarró una enciclopedia y nos empezó a explicar que había personas de todos colores y que todos eran iguales.

Mi hermana, mi mamá y yo nos volvimos a Chile el 81. El Sergio se quedó en Europa porque tenía prohibido el ingreso. El año 83 nos fuimos a pasar las vacaciones con él. En esa época, mi papá estaba planeando su ingreso clandestino a Chile. Se entrenaba diariamente y nos hacía participar en su disciplina. A nosotras nos encantaba compartir su rollo de levantarse temprano, hacer las camas, agarrar la bicicletas y partir a la piscina. Hacíamos mucho ejercicio, me acuerdo que a mí me encontró muy gordita así que me puso a régimen. En ese viaje también conversamos mucho: no nos podía decir que sus planes eran entrar a Chile, pero nos sentaba y trataba de explicarnos las cosas que venía.

En mayo del 83, el Sergio volvió. Nosotras nunca nos enteramos que estuvo acá hasta el día en que la mamá nos acusó en su cama para darnos la peor noticia.

A nuestro papá lo asesinaron en un falso enfrentamiento en la calle Fuenteovejuna; allí murieron también Lucía Vergara y Arturo Vilavella. La operación estuvo a cargo de Álvaro Corvalán y en ella también participaron Raúl González Fernández, Jorge Covos Manríquez, Roberto Fieles Cisterna y otros agentes vinculados a la Fuerza Aérea. Los hechos quedaron bastante claros tras las declaraciones de Andrés Valenzuela, un ex agente de la Fach que participó en el asesinato: «eran tres, nosotros éramos sesenta... una ametralladora empezó a disparar a la casa... uno salió con las manos en alto y cuando venía por el ante jardín lo rafaguearon...».

Mi mamá se entrevistó directamente con Valenzuela y su testimonio no hace más que aclararnos las ansias de vivir que tenía el Sergio. Él se rindió, estaba dispuesto a que le sacaran la cresta, pero quería vivir. No había vuelto a su país a que lo mataran sino en la búsqueda de sus objetivos de toda la vida: luchar por la igualdad y los derechos humanos y volver a armar su familia junto a nosotras, sus mejores amigas.



TE ESTÁN BUSCANDO, MATADOR

La situación se había vuelto intolerable. "El Indio Juan" debía ser detenido y ya muchos miembros del hampa lo buscaban para que pagara por sus actos. La venganza usualmente genera respuestas cada vez peores. Pero eso no amilanaba a Juan Luis Mujica Hernández. Tenía conciencia de que tarde o temprano iba a caer en manos de sus enemigos o de la policía. Pero si iba a hundirse, lo haría en su ley. Como chero. Peleado. Al frente. Investigaciones también había tomado cartas en el asunto. El prontuario de "El Indio Juan" era intimidante. Tenía a su haber, cuatro detenciones. Además, en 1998 habría cometido ya otro crimen, esta vez, en la persona de Wenceslao Soto Gómez, uno de su ex socios en sus actividades delictivas. El año mardo institucional decidió actuar rápido y sigilosamente. La operación fue destinada a un campo especial de policías de la Brigada de Homocidios y de la Brigada de Investigaciones Policiales. Hupé, el brazo operativo de la Jefatura de Inteligencia. Juntos diseñaron la "Operación San Juan". Lo siguieron vanamente hasta que un policía los apareó. Por ley, todas aquellas personas que cumplan antecedentes penales, deben tener su permiso de circulación de año en año. La fecha pesquisada por el cuerpo "San Juan" fue el 24 de agosto. Ese día, el "Indio Juan" llegaría a la Dirección de Tránsito de la Municipalidad de Colina, se presentaría en el mesón y diría su nombre.

La noche del 23, en el auditorio del cuartel policial, el jefe del operativo se dirigió a los detectives que participarían en la diligencia: "Señores" dijo: "este individuo es muy peligroso. Estaremos apostados en todas las entradas y salidas para evitar que huya. Recuerden que es muy probable que este armado y no dudará en utilizar esa arma si se lo permitimos". Mientras tanto, en la San Gregorio corrió el rumor que el Indio Juan, además de su 9 mm, cargaba una granada. La Municipalidad de Colina estaba tranquila, también la comuna de Carabineros pues no tenían participación del operativo. Antes de que Juan Luis se presentara, los detectives informaron al director de tránsito de la Municipalidad y se apostaron en las filas, detrás del mostrador, como polios, a un lado de Nestor Ibaeta, el comentarista deportivo que también hacía trámites aquella mañana. De pronto Juan Luis Mujica Hernández apareó elegantemente



al mostrador, con una carabina en su mano y un entrechocar de pistolas. La mirada del jefe del operativo hacia "San Juan" se volvió asesina. "El Indio Juan" respondió al llamado y caminando hacia la miter, sus miembros se agacharon sobre él. Un militar, sin saber de qué se trataba, intentó ayudarlo, sin embargo, fue rápidamente matado. El puñado de detectives que lo tenían lo hizo caer en un vehículo policial y lo llevaron hasta la OMBE. Antes de eso, la prensa apostaba en el lugar, lo vio salir y Juan Luis entregó su papel de chero a la perfección. Nunca se movió y como besaba a las cámaras.

"¿Cuánta gente mató?" preguntó Hector Barros, periodista de La Tercera, con su grabadora como un sesecillo.

"¿Cuántos creó yo?" dijo "El Indio Juan".

En el momento de la operación, como una patada al que traspasa de golpe, se movió al viento. Al día siguiente fue trasladado al Hospital de Curimen de San Miguel. Al día siguiente, los apóstoles de la postulación San Juan, con la ayuda de la captura del hombre que por 15 millones de dólares era uno de los hombres más buscados y grupos de criminalidad.

EJECUTADOS POLÍTICOS



TUCAPEL & TUCAPEL

(por Tucapel Jiménez, hijo)

El 25 de abril pasado, Tucapel Jiménez fuertemente entretenido me ofreció, a través del noticiero Medianoche de TVN, Carlos Herrera Jiménez, el ardiente castro de su padre, lo hizo llegar aca grabación en la que se muestra arrependido y le solicitaba perdón. El hijo de Tucapel Jiménez Alfaro, líder sindicalista asesinado el 25 de febrero de 1982, supo mantener la calma y afirmó que el perón no estaba en sus manos sino en las de Dios. En la siguiente crónica, Tucapel hijo recuerda a Tucapel padre, un alegre coleccionista, campesino en pensamiento y siempre preocupado de mantener en su hogar cada uno de sus rebeldes castillos.

¡¡Cabo de guardia!! ¡¡Levantarse!! A las 7 en punto entraba mi papá a la pieza. Con su grito militar hacía su mejor esfuerzo para despegarme de la cama. Me tiraba las sábanas y partía al baño. En media hora estaba de vuelta: ¡¡levantarse!! Se levantaba a las seis y media, se lava todos los dientes, se engominaba bien el pelo y se ponía un gorro de lana encima para lograr dominar al cien por ciento sus mechas tiesas. Andaba con el famoso gorro hasta que partía a trabajar.

Los fines de semana teníamos hartos panoramas juntos. Era fanático del Colo Colo, no nos perdíamos partido, me hizo socio a mí y a toda la familia. También seamos a trabajar en el sector. Yo los días de domingo y los días de martes al viernes. Al final de la jornada nos reuníamos a meditar con las palabras: "Una vez nos tocó llevar a Sandro. Mi papá se me acercó y me dijo hijo: "¿viste quién va atrás?" De la pura impresión no le pedí ni un autógrafo. Le encantaban las celebraciones. Cuando alguien de la familia estaba de cumpleaños, todo el edificio se "levantaba" porque mi papá se llevaba una gran clase de cumpleaños para todo el mundo. "¿Qué pavidito llegó a la casa con un pavo vivo para la cena. Mi mamá casi se muere, no sabía matar ni una trucha. A mí me asustó el bicho porque era enorme y gritaba como loco. Lo tuvimos como tres días en el lavadero, no podíamos dormir con el ruido. Finalmente tuvo que venir alguien a hacerse cargo. Nada se comió el pavo, lo encontramos muy duro, hasta el día de hoy no me gusta. Todos sus hermanos tenían nombre mapuche, porque el papá de mi papá fue un gran admirador de esa gente. Mis tíos se llaman Caupolicán, Lautaro, Galvarino, Fresia, Olga. Cuando nací, mis viejos se peleaban para escoger mi nombre, al final mi papá me llevó registrado al Registro Civil. Yo siempre alegué que a los 18 me lo iba a cambiar, pero ahora me siento muy orgulloso; de hecho, mi hijo menor se llama igual. También tenía sus triquiñuelas cuando me quería llevar a cortar el pelo. Me invitaba a comprar sardas y terminaba pelado a lo moicano. Me acuerdo que mi papá le decía al peluquero: "déjeme un puro moño arriba". A los 11 años me rebé, tuvimos una discusión familiar, y de ahí para adelante usé el pelo largo. La verdad es que conmigo hacía la vista gorda, con mis hermanas fue mucho más fregado con los permisos y las salidas. A los 15 me dejó fumar, no tuve problemas con los carretes y en el verano me iba a la playa. La última vez que nos vimos fue antes de subirme a un bus rumbo a Algarrobo, en febrero del '82. Me fue a dejar al terminal y me preguntó si lleva a plaza. Yo le dije que no, aunque los dos sabíamos que mi vieja ya me había dado. Me pasó unos billetes y nos despedimos. El 25 de febrero salió temprano de la casa, tenía una reunión a las diez, con Manuel Bustos. Diez minutos pasadas las diez llamaron a mi mamá desde la ANEP porque no había llegado y todos conocían su puntualidad. Tampoco llegó a almorzar con mi vieja, como acostumbraba, al mediodía. El día 26 un primo fue a buscarme a la playa. Sólo entonces me enteré que lo habían matado. Fue muy duro ver qué hacíamos sin el papá. Me ofrecieron distintas becas para estudiar afuera, finalmente decidimos partir a Suecia donde vivía una de mis hermanas. Alla me convertí en ingeniero y no volví a Chile hasta el año 99.



Informe de viaje

EL CUARTO REICH

por Roberto Brodsky

Me fui a Praga porque me dijeron que allí podía encontrar algunos datos sobre el Cuarto Reich. Me alojé en la casa de Míster Malí, un señor checo de sesenta y cinco años que alquilaba una parte de su departamento a cambio de unas cuantas coronas. Míster Malí no habla ni jota de castellano, tiene un vago recuerdo del francés y recién está comenzando con los rudimentos del inglés para enfrentar la invasión turística. Sin embargo, nos entendemos perfectamente en ese anglo bastardo que es el idioma universal de la globalización. Me cuenta que con el Tercer Reich aprendió a hablar alemán, antes de que Hendrich, el gobernador que Hitler puso en el Protectorado de Moravia y Bohemia durante la Segunda Guerra, fuera correctamente liquidado en un stentado por los patotas checos.

En aquel tiempo, Míster Malí era un joven pragmático y la necesidad de sobrevivir a la invasión lo llevó a dominar la enrevesada gramática germánica. Después aprendió ruso, porque cuando los nazis abandonaron Praga, rápidamente los soviéticos pasieron de moda el cirílico para llegar a un acuerdo sobre el futuro de lo que entonces era Checoslovaquia. El ruso se transformó en la segunda lengua de los checos hasta el 68, y después de la Primavera de Praga pasó a ocupar el primer lugar sin mayores trabas nacionales.

La vida de Míster Malí no ha sido fácil. De hecho, nada en Praga parece fácil, a excepción del turismo. Se dice que es una de las ciudades más hermosas del planeta, pero a mí me recordó a Santiago por esa patina de cansancio y hastio que deja la resaca de las dictaduras una vez que se deciden a invernar. Coincidentemente con los chilenos, también los checos tuvieron su momento de alegría en 1989, cuando la llamada Revolución de Terciopelo acabó con el largo régimen de los burócratas. Después vino la reconstrucción, pero a diferencia de lo que ocurre en Chile, nadie ahora a los militares ni se les ocurre defender la herencia del analfabetismo moral. El máximo líder nacional es un dramaturgo que hace lo imposible para que su ciudad vuelva a tener el esplendor que en otro tiempo hizo de Praga el centro cultural y artístico de Europa, y la memoria de las miles de víctimas que la historia se llevó, no está segregada en un paredón del cementerio sino a los pies de la estatua ecuestre de Wenceslao, en pleno centro de la ciudad. No lejos de allí, los nombres de 80 mil judíos checos desaparecidos en el Holocausto cubren las paredes de la sinagoga Pinkas, en el Nuevo Barrio. Hay que ha-

cer cola para entrar, y aunque ya me habían dicho que tenía parientes allí, no me lo creí hasta que di con los nombres en el sector de la B larga. Era un matrimonio con su hijo, quién sabe si de mi misma rama ucraniana o no. Estaba en esto cuando una guía se acercó a informarme en un correcto castellano que la sinagoga permitía sacar fotos en caso de tener parentesco con alguna de las víctimas inscritas en el muro del lamento. Su acento me sonó familiar. ¿Usted es chilena?, pregunté. A mucha honra, señor, me dijo. Yo también, le respondí, y estiré la mano. La mujer se manifestó emocionada. Su barbilla comenzó a titilar y los ojos grises se le llenaron de agua.

Entonces me contó la historia de su vida, atropelladamente, como si tuviera miedo de que en cualquier momento se le pudiera olvidar o le costara encontrar los motivos que la tenían allí de guardia, en la sinagoga Pinkas de Praga. La suya era una historia terrible, un relato del siglo veinte. Su marido era dirigente y la había dejado por una rusa, primero, y por una checa, después. Ella no estuvo de acuerdo, ni con esto ni con otras muchas cosas que sucedieron en Praga antes del 89. Así que quedó al margen de todo por levantar la voz, y ahora unos amigos le habían conseguido ese trabajo. Su deber, repitió, era informar a los visitantes que tenían derecho a una foto si encontraban a su pariente en el muro, pero la única imagen que interesaba en verdad era la suya, la foto de esa historia maldita que un día la sacó del sur de Chile y la extravió en el centro de Europa, entre los humillados monumentos de Praga.

Entonces escuché lo peor. Por favor, no me denuncie, pidió al despedirme, no haga como ese señor chileno que vino acá y me encontró loca y me acusó. ¿Quién? le digo. Platovski, me dice temblorosa, así se llamaba. ¿Milan Platovski?, le pregunto. No me acuerdo del nombre, pero era un señor Platovski. Vino acá a visitar, lo mismo que usted, y yo le conté que era chilena y todo eso, pero él se indignó cuando le dije que lo ocurrido con los judíos de Praga lo sufrimos en Chile también. No le gustó nada la comparación y se fue a hablar con el director. Casi me echan, viera, pero yo no quise quitarle su tiempo, señor. Tranquícese, le digo, no va a pasar nada malo, pero noto que igual ella tiembla de frío o de cansancio. Adios, le digo como si escapara de ella o evadiera su fragilidad, con vergüenza casi por el apuro en volver donde Míster Malí, y antes de girar la cabeza hago la foto que andaba buscando para el Cuarto Reich.

DETENIDOS DESAPARECIDOS



por Eliana Zamorano, su mamá

Luis Julio Guajardo Zamorano era el "Pato Romo", dirigente del MIR, estudiante de ingeniería y ciclista. Su mamá posiblemente nunca supo de esa "chapa", porque para ella el Lucho siempre fue el Lucho, su mano derecha en los asuntos domésticos, un cabro testarudo que creía en su capacidad de realizar todo lo que se propusiera. Incluso que su papá y que todo el mundo pudiera ir a la Universidad, igual que él.

El Lucho fue mi primer hijo. Me llegó de regalo el 16 de mayo del 52, diez días después de mi cumpleaños. Desde chico asumió el papel de segundo de a bordo en la casa. Cuando se me pasaba la mano con los "fiados" del almacén, me llamaba a terreno, haciéndome recordar que después no íbamos a tener cómo pagar la cuenta. Le preocupaba que todo anduviera bien en la familia, que los cumpleaños de cada uno de sus cinco hermanos se celebraran a como dé lugar; si no alcanzaba para tortas, preparaba una leche con plátano y con eso brindábamos todos.

A los 11 años dio un examen para ingresar al Liceo Manuel de Salas donde ofrecían unas becas. Había 280 postulantes y él salió quinto. Se ganó beca de almuerzo y hasta ropa me acuerdo que le regalaron. Al comienzo le daba vergüenza quedarse a comer allí, además, echaba de menos mis comidas. Siempre quería tortilla de papas y de postre, flan. Todavía tengo los brazos con las marcas que me quedaron de una cuantas quemaduras que me hice preparando el caramelo.

Le gustaban el fútbol y las bicicletas. Tenía un cuaderno donde iba anotando todos los datos de los partidos, los jugadores y los goles que hacía cada uno. También jugaba sus pingangs, pero su fuerte era el ciclismo, igual que su padre. En las competencias conoció a su gran amigo, el campeón nacional, Sergio Tormen. Eran juntos, el Sergio se lo pasaba en nuestra casa. Una vez, jugando en el entretecho hicieron un tremendo hoyo que me quedó de recuerdo hasta estos días. Para el Mundial del 62, hicimos un esfuerzo y nos compramos una tele. Años más tarde, fue a través de ese televisor que yo me di cuenta que el Lucho andaba metido en política. Lo vi en las noticias en medio de una manifestación cuando cerraron el Canal 9. Pienso que cuando salió del Manuel de Salas ya estaba medio metido en el MIR. Yo le decía que a mí eso no me gustaba y él me explicaba que todo era política, que hasta yo hacía política en la casa cuando me preocupaba de que la plata alcanzara para todos. Decía que era muy injusto que al pueblo no le dieran educación. Incluso, en una época en que su papá - que trabajaba de chofer de trolebús - anduvo bien deprimido y cayó en el trago, el Lucho le conversó y le propuso hacerse cargo de la casa para que él pudiera estudiar.

El año 69 mi hijo entró a la Universidad de Chile a estudiar ingeniería y pensamos que iba a ser puntal en el futuro de la familia, que iba a terminar sus estudios e iba a ayudar a sus hermanos para que también pudieran salir adelante. Pero la historia fue muy diferente. El año 74 deba decidir qué tipo de ingeniería iba a seguir. Sin embargo, no alcanzó a hacerlo pues el sábado 20 de julio cuando iba en bicicleta a unas clases de matemáticas, fue detenido por unos militares y llevado a Londres 38. A los pocos días se llevaron también a su amigo Sergio. Eso sí, nos dejó un recuerdo. Su compañera, Patricia, estaba embarazada de dos meses cuando lo detuvieron. El 31 de diciembre de ese año esperamos todos juntos el año nuevo que coincidió con el cumpleaños de mi marido. Esa noche allanaron la casa y se llevaron a mi nuera con ocho meses de embarazo. Así de gorda estuvo en Villa Grimaldi y en Tres Alamos donde estuvo detenida junto a la señora Bachelet. Fue ella quien alertó a los militares que las custodiaban cuando notó que el vientre de Patricia ya no se movía. Pensaron que la gusga había muerto y se la llevaron al Hospital Sotero del Río. Mi primera nieta, Amanda Camila, nació el 13 febrero del 74, varios días después de pasados los nueve meses. Se estuvo aguantando, pero finalmente nos dio la alegría de tener una parte del Lucho con nosotros.



El strip-tease de Arancibia

Demasiado respeto por el uniforme. Cuando se lo sacan, demuestran que son tipos como cualquier otro, con sus miserias y efímeras grandezas, simples mortales: Pinochet, un viejo belicoso y gagá; Manuel Contreras, un criminal con alma de sicópata que, como tal, se cree más inteligente de lo que es; Stange, un alemán, un señor tímido, que de seguro prefiriere escuchar música en su casa antes que sufrir por tener que dar órdenes; y Arancibia, bueno, un tipo engolado, que seguramente se echa atrás después de la ducha, demasiado preocupado por la manicure, que desde que fue edecán de Pinochet siempre quiso ser político, por eso del apego al poder. ¿Tanto le gustó? ¿Tan bien lo pasó como edecán? ¿Tanto le gustó usufructuar del poder total, de saber que nada podría oponerse a sus designios como edecán del dictador?

Preguntas, preguntas que Arancibia nunca ha tenido que responder. En las tertulias regadas de los marinos, esas en que hay que poner tiesa la espalda para no bambolearse por el alcohol, seguramente habrá contado alguna anécdota, para darse importancia ante los suhalternos: alguna barbaridad de la comitiva, algún chiste picante que Pinochet le contó en relación a alguna colaboradora, algún comentario condescendiente sobre Alvaro Corbalán, palabras venenosas para algún opositor de entonces, en fin.

¿Cuánto y qué supo Arancibia siendo edecán? ¿Cuánto de lo que supo (sabe) sobre violaciones a los derechos humanos y de desaparecidos aceptó que se entregara como información a la Mesa de Diálogo, de la que tanto se ufana? ¿Cuánto escondió? ¿Estaba presente cuando a Pinochet le entregaban los informes de la «lucha contra los subversivos»? ¿Se negó cuando se analizaron las denuncias por torturas que, por miles, se presentaban ante los tribunales? ¿Brindó por el asesinato de algún opositor? ¿También dijo, como su superior, el almirante Merino, que los degollados seguramente eran las víctimas de un crimen «del Partido Comunista» o, como señaló César Mendoza, de «un ajuste de cuentas»? ¿Leña entonces el semblante adusto pero pacífico que ejercita hoy día? ¿Ya estaba preocupado de crear una red de amistades periodísticas para más adelante, cuando la política le demandara cobertura de prensa?

Lo sorprendente no es que Jorge Arancibia haya deliberado en reuniones con la UDI o a través de enlaces misteriosos con el partido de Longueira. Lo sorprendente es que por el hecho de llevar uniforme todos -incluido el gobierno- se hayan hecho los lesos, convencidos que, por vestir esos paños, Arancibia estaba ajenos a cualquier posibilidad de ejecutar actos reprobables.

Después del golpe de 1973, cuando varios de los que juraron lealtad traicionaron, cuando no pocos llegaron hasta la base de torturar incluso a sus compañeros de armas (y no por ser de la Unidad Popular, sino simplemente porque o no justificaban el golpe o se oponían a la bestialidad), los chilenos deberíamos haber aprendi-

do que un uniforme no es garantía de nada. Ningún uniforme. Ni el de boy scout, el de bombero, el de la Defensa Civil o la sotana (ahora, aparte del cura de Porvenir, Antonio Larrain Pérez Cotapos, que fue denunciado por el Sename de abusos sexuales contra menores, se ha acusado de violación contra un menor de 13 años al cura Víctor Hugo Carrera, hasta el año pasado, secretario del obispo de Punta Arenas, Tomás González. La Iglesia lo sacó del país, para que se hiciera un tratamiento ¿o para eludir la justicia?).

La derecha lo tiene claro, la Concertación cree que simplemente se hace la lesa: estos señores llevan años haciendo política, escudados tras el uniforme, negociando su paso al Senado como designados o, ahora, con el apoyo de la Alianza por Chile.

Lo grave es que han usado sus uniformes como escudo, para no enfrentar un debate político abierto, y han terminado prostituyendo esos uniformes en aras de una carrera política. ¿Qué pensarán, en la intimidad, los oficiales que quieren su profesión y que, como la mayoría de los chilenos, ven la política como algo lejano e, incluso, como algo sospechoso? ¿Tanta palabrería del almirante Arancibia, tanta arenga sobre la vocación militar, la Patria, el capitán Arturo Prat, el mar territorial de Chile era al final para mascar un trozo de la torta que le ofrecía la UDI, para arrellanar sus posaderas en un sillón del Senado?

¿Y qué decir de esa identificación de estos singulares ex militares dedicados a la política! No por nada, los senadores de la bancada militar, designados o elegidos, siempre se alinean tras las posiciones de la UDI. Son el núcleo acorado del pinochetismo, la cara agria por los rigores de la vida de armas de la herencia de la dictadura (la cara blanda es la de los Bombal, Larrain, Chadwick, Romero y tantos otros). De ahí que sin mayor malicia se debiera sospechar que mientras estaban de uniforme también estaban haciendo política. Y que han terminado por hipotecar parte de su rama armada a las ambiciones de un grupo específico de la sociedad. Por cierto, este alegato sería el mismo si algún alto mando castrense se entregara a coquetos con socialistas, pepedés, comunistas, radicales o demócratacristianos.

Lo que los militares no entienden es que tras la barbarie y la crueldad del régimen que sostuvieron, un alto porcentaje de chilenos sospecha de ellos. Y por una razón muy simple: porque es muy difícil confiar en quien ha asesinado a sangre fría. La misma sospecha pesa sobre nuestra derecha, porque en el fondo sigue justificando estos crímenes. En estos 11 años de democracia, esa «desconfianza no ha sido lavada, porque de parte de los «sospechosos se ha hecho» poco para ello.

acontecimientos como el de Arancibia tienen la gravedad de abundar el recelo no sólo sobre su persona -que no sería tan imponente, al fin y al cabo-, sino sobre las propias instituciones militares. ¿Será por eso que el general Izurieta ha permanecido tan callado? ¿Qué dirá el general Ríos, más allá de reirse de la portada de El Siglo, que puso su foto diciendo que se trataba de Arancibia?

DETENIDOS DESAPARECIDOS



EL CAMPEON

por Peter Tormen, su hermano

Sergio Tormen Méndez fue campeón nacional de ciclismo el año 72. Era el centro alrededor del cual giraba una familia de ciclistas con bastantes necesidades económicas. Peter, su hermano menor, también fue un destacado deportista. Hoy maneja su propio negocio de bicicletas y en esta crónica recuerda los triunfos que celebraron juntos, así como también los duros momentos que compartieron detenidos en Londres 38 cuando Peter tenía sólo 14 años.

Mis hermanos Sergio y Richard formaban una gran dupla de ciclistas. El velódromo se repetaba para las competencias, en las galerías se enfrentaba la barra de los Tormen con la de los Vera, otra familia de ciclistas. Sergio salió campeón el 72. Lo llevamos en andas hasta la casa, se armó la tremenda fiesta.

El era una especie de protector. Salíamos juntos, me compraba ropa, cosas para la bicicleta y se preocupaba de mi colegio. Éramos ocho hermanos, cinco mujeres y tres hombres.

Sergio era el mayor, tenía 10 años más que yo. Desde los dieciséis años se puso a trabajar fabricando piezas en el taller familiar y pasó a ser el sostén de la casa. Nuestra familia tenía necesidades, el papá era medio liviano de casco y tuvo algunas aventuras que le impedían cumplir a cabalidad su rol. Hubo que compensar las carencias con el trabajo de los hermanos. Mi mamá contó con la ayuda de mis hermanas, y los hombres nos dedicábamos a las bicicletas.

Yo no me despegaba de Sergio, lo admiraba. Me acuerdo que las mujeres lo encontraban buenzoso. Era delgado, tenía las piernas gruesas, los ojos pardos y facciones bien varoniles. Además, arruía porque tenía desplane y simpatía.

Yo lo recibía cuando volvía de los entrenamientos, me ocupaba de su ropa, de sus zaparrillos y de su bicicleta, siempre estaba cerca de él. Hasta «desaparecimos» juntos, sólo que a mí me soltaron en tres días y a Sergio no lo vimos más.

Fue el 20 de julio del 74. Yo tenía 14 años. Lo acompañé al taller de mi papá porque tenía que reparar las ruedas para la carrera del domingo siguiente. En eso estábamos cuando llegaron los militares preguntando por un bolso que había dejado ahí Luis Guajardo, «el Pato Romo», ciclista, dirigente del MIR y gran amigo de Sergio. Mi hermano dijo que no sabía de qué le hablaban, después se puso medio nervioso y les contó que había tirado el bolso a la basura. Nos llevaron a los dos.

Yo creo que mi hermano ni siquiera alcanzó a tener una formación política, era una persona práctica que rara vez tomaba un libro. Pienso que si se involucró en algo fue más por admiración a las actividades de su amigo que por convicción ideológica.

El asunto fue que unos días antes, el Pato había dejado sus cosas en el local justo antes que se lo llevaran detenido. Mi hermano quiso ayudar e hizo desaparecer el famoso bolso que tenía en su interior un overol que el Pato usaba para infiltrarse en las compañías y concentrar a los trabajadores. En los interrogatorios el amigo contó que lo había dejado en el taller, pero nunca supuso que Sergio había ido a buscarlo.

Nos llevaron a Londres 38. Estuvimos juntos los dos primeros días. A él lo torturaron, le pusieron electricidad en los testículos. En una oportunidad se me acercó un tipo que dijo ser de la barra de los Vera y que ahora trabajaba como chofer de una camioneta de la Dina. Me dijo que iba a tratar de hacer algo por mi hermano, pero que estaba niendo en un tremendo foro y no creía que lo dejaran salir.

A pesar del miedo, en una oportunidad me levanté un poco la venda de los ojos y con la cabeza inclinada hacia atrás, logré verlo. Había una luz muy tenue, era una sala, nosotros estábamos en la última celda de bancas. Sergio estaba esposado y le habían pegado mucho. Fue la última vez que lo vi.

Bilis Chauvinista

por Pablo Azócar

Cuando supimos de la grotesca batahola de la Copa Davis en el Parque O'Higgins, muchos atolondrados pensamos lo de siempre: barras bravas, lumpen, nihilismo acéfalo de tribus urbanas. Pero no: más tarde, atónitos, nos enteramos de que los protagonistas no habían llegado desde el polvoriento mundo de los desheredados. Nada de eso: los sicofantes, los prepotentes, los cretinos y los agresores estaban concentrados en las localidades más caras del estadio, que era entre otras cosas el único lugar donde había aquellas sillas de madera que llovieron como ira divina sobre las cabezas de los argentinos. Es triste, es irritante: era ni más ni menos que un recordatorio de que el chauvinismo más cavernícola sigue campeando y diseminándose con una fiebre entre nosotros. Un nuevo recordatorio. Cómo no pensar en los días de Pinochet en Londres, cuando hordas de punta en blanco asaltaban embajadas, quemaban banderas y atacaban a individuos en la calle bajo la sola sospecha de ser ingleses o españoles. Cómo no pensar en los años de la dictadura, donde se inoculó día a día, de las maneras más abyectas, el virus de la estulticia patriota. La simiente de lo que ocurrió ahora en el Parque O'Higgins es la misma que se sembró con toda pompa y ceremonia en 1978 en Chacarillas, la misma que vomitó iracundo Pinochet cuando lo devolvieron flutado desde Filipinas, la misma que llevó a la propia prensa a titular «Negros sinvergüenzas!» y a decenas de chilenos a apedrear la embajada brasileña en las eliminatorias mundialistas del 89. La dictadura dejó en mi generación una secuela inexorable: nos robaron la bandera. Crecimos en un mundo de locos plagado de hampones que nos arrojaban a la cara los símbolos patrios con la prepotencia del que arroja una ráfaga o un escupido. Proclamaron que el país se dividía en patriotas y antipatriotas, y con brutalidad nos dejaron en claro que no estábamos entre los primeros. Ni a la dignidad ni a la decencia ni a la propia vida le confirieron la mitad del valor que para ellos tenía esa bandera que habían ocupado como se ocupa un territorio. Nos trataron de humanoides, de bestias, de traidores, pero nunca las jaculatorias fueron tan violentas y humillantes como cuando con espuma en las encías nos acusaban de ser antipatriotas. La monserga es la de siempre: hacer creer a los simplices que porque naciste dos metros más acá eres mejor o más puro o más persona que el que nació dos metros más allá. Es inquietante: han transcurrido ya diez años de esta vacilante transición y, en esto, nada parece haber cambiado. A la primera de cambio irrumpen los mismos energúmenos de siempre para, en nombre de la patria, plantarte un sillazo en la cabeza o meterte un halazo en la sien. Los Krammer y los baristas, o sea, los pobres, pueden eventualmente ser castigados o ir a la cárcel; los otros, en cambio, son intocables, y si even de lo más campantes chorreando bilis chauvinista y enarbolando sus estúpidas banderas.



BETÉNIDOS DESAPARECIDOS

JENNY

por Laurisa Rosales, su madre

NOMBRE: Jenny del Carmen Barra Rosales.
CECULA DE IDENTIDAD: 185. 893, de San Bernardo.
ESTADO CIVIL: Soltera.
FECHA DE NACIMIENTO: 27 de octubre de 1953.
EDAD: 24 años a la fecha de su detención.
DOMICILIO: Industria N° 275, San Bernardo.
PROFESIÓN O OFICIO: Estudiante de Enfermería, Universidad Católica de Chile.

Yo soy la mamá de la Jenny. A ella le encantaba el pescado frito que yo le preparaba. Le gustaba comerse con ensalada de apio y chutar las espinas. Yo le decía que tuviera cuidado, que se fijara, porque se podía atorar. No le gustaba la carne de vacuno. Ni los pollos. Tampoco las cosas dulces. Era finaquita. Era bonita mi chiquilla.

Le iba chalas artesanales, vestidos largos, ropa suelta, chalecos de lana que ella misma teja. Para un invierno se hizo un chal rojo y negro precioso con unos puntos que aprendió en la revista Burda. Era buena con los pabillos. Andaba siempre con ellos en un bolso a telar que se colgaba del hombro. Ahí dentro, los ovillos de lana se le enredaban con los espirales de los cuadernos universitarios.

Estudiaba en la Católica. Iba en cuarto año de enfermería, estaba por recibirse. Me había regalado un corte de género verde para que la modista me hiciera un traje. Yo quería que con esa ropa fuera a su graduación, que iba a realizarse tres meses después.

Siempre había querido ser enfermera. Sonaba con eso. Cuando era chica, jugaba a ponerle el pelo a las muñecas. Tenía un canasto lleno de guaguas fracturadas o sin cabeza, a las que le endaba con trapos que me sacaba de la cocina. Sus hermanos mayores la hacían salir, agarrando las muñecas y

colgándoselas donde ella no podía alcanzarlas. La molestaban porque era más chica. Ellos eran cuatro hombres. Luego nació la Susana. La Jenny adoraba a la Susi.

También a Víctor Jara lo adoraba. La canción que más le gustaba era esa del cigarrito, aunque ella nunca fuma. Se sabía todas sus canciones. Compraba canciones o guardaba las letras que aparecían en la revista La Bicicleta.

Cuando estaba en el Liceo de San Bernardo, la directora del establecimiento inventó que Jenny y varias compañeras más eran marxistas porque aparecieron rayadas la murallas con frases típicas de ese movimiento. Además, la acusaron de repartir volantes.

El 11 de septiembre de 1973 a las tres de la mañana, los milicos la sacaron de la casa y se la llevaron. Yo la busqué durante siete meses y al octavo, la encontré presa en la Correccional. De esa se libro, porque yo la saqué de allí.

Cuando estábamos en la casa me contó que en un subterráneo le vendaron los ojos y le pusieron corriente en sus pechitos para que denunciara a sus compañeras.

Pero ahí no terminó todo. Cuatro años después, la tarde del martes 17 de octubre de 1977, llegó de la universidad a la casa de una amiga que vivía a siete cuadras de nosotros. Cuando entraron, ambas le hicieron saber a la madre de esta niña, que las venían siguiendo. La madre de ella les dijo que estuvieran tranquilas, que seguramente se habían equivocado. Luego de un rato, mi hija dijo que se venía a casa y que cuando llegara, llamaría por teléfono para avisar. Pero nunca llamó a su amiga ni llegó a mi casa. Jamás me hizo el traje con el corte de género que me regaló.

JARA ESTER DE: ...A German Correa lo echaron del Ministerio del Interior porque no era pelado.



El beato Guzmán

por Roberto Brodsky

Jaime Guzmán Errázuriz, ese brillante intelectual de aspecto penitente que fuera salvajemente asesinado hace diez años en la salida del Campus Oriente, lugar donde tenía su despacho pacífico que hacer académico alumbraba a los hijos ilustres de la República, está golpeando las puertas del cielo. "Padre, ábrame", dice su voz serena, aguzada por el gesto tan característico suyo de fruncir los labios al modular, mientras sus ojos hurgan a través de los cristales poco de botella, intentando descifrar lo que ocurre al otro lado de la puerta. "Soy yo, Padre: soy tu hijo Jaime, el político chileno".

La impaciencia, sin embargo, no tiene cabida en la eternidad y nadie se levanta a abrir del otro lado. Ni las campanas de la Catedral que todavía resuenan invocando su nombre ni las hostias de Francisco Javier para que nos traguemos su inocencia y misericordia logran que su nombre corra en la larga lista de espera que llama a viva voz a los mártires de la democracia chilena. Tampoco los reportajes de El Mercurio ni el fotoshop que lo muestra como un ángel de la guarda surgido del Memorial de los Detenidos Desaparecidos, ni menos, por cierto, la glamorosa campaña de imagen pública emprendida por la UDI en este décimo aniversario o conmemoración de su crimen. A pesar de sólo el entusiasmo de sus ex alumnos, compañeros de partido, hinchas de la Católica y autoridades públicas, lo claro es que Jaime Guzmán nunca fue el santo de la paz que tantas lágrimas provoca hoy en día. No podría serlo, de hecho: se lo impiden su rol en la polarización de los setenta, cuando llanaba a través de las cámaras a un nada piadoso Golpe de Estado en *Esta hora se impavida*; su ideologismo ultramontano, que dictó las pautas de una Constitución tan profundamente antidemocrática como violenta; y su inclinación a creer que un buen dogma podía ordenar los valores propios y ajenos aún en contra de la voluntad de los últimos.

¿Por qué entonces toda esta fanfarria en torno a un político que, durante casi dos décadas, fue el encanto gris de la dictadura, la prueba de que se puede ser inteligente y bárbaro, refinado y troglodita a la vez? La prensa, la Iglesia y los políticos de un u otro bando dan la respuesta: porque también a su manera Jaime fue un

defensor de los derechos humanos, se lo jugó por Angel Parra y Fernando Flores, se enfrentó a Contreras, sirvió a Dios, al gremialismo y a la U.C, nunca se manchó las manos y era hombre consecuente y recto, incluso con sus rivales más enconados. Pero todos sabemos que eso no es cierto. Incluso totalmente falso, y que si alguien merece ser recordado por su postura ante la violencia de Estado y la intolerancia, esos nombres hay que buscarlos entre los creyentes a secas, en el cura Jarlan, por ejemplo, o en Sebastián Acevedo, un obrero de Concepción a quien nadie le ofrece misas porque él era de los cristianos primitivos que se quemaban a lo honzo para detener la tortura, en vez de llamar por teléfono para pedirle favores al generalato.

Como los derechos humanos están de moda, uno tiende a pensar que el actual espectáculo en torno a Guzmán responde a una lógica estrictamente política. Pero no es así; o al menos no completamente. La razón para que Jaime Guzmán aspire a vestir los hábitos del primer beato de la política chilena tiene su origen en el hecho de que lo asesinaron. Eso lo hace parte de los derechos humanos y quizás ahí es donde comenzó justamente la tragedia de la democracia chilena, quizás ahí se jolvió la transición, porque matarlo fue convertirlo, hacer de él un mártir como lo fueron Jarlan y Acevedo, empatando a otros a los pacíficos con los violentos. Desde la perspectiva que da el tiempo, debe ser de los aportes menos afortunados y más duraderos que dejó la ultra. La consecuencia está a la vista. Con gusto, la UDI eleva a su mentor como santo de oración colectiva, y hoy más que nunca la sensibilidad política está dispuesta a aceptarlo. En la Catedral, unidos en sincera comunión, Sergio Bitar y Sergio Fernández se dan la paz como dos tocayos que empujan a un mismo tiempo el grotesco martirologio de un club amenazado por los errores cometidos de lado y lado. No se puede pedir imagen más dulce de nuestros servidores públicos. Van todos en busca de la verdad; tienen de santo candidato a un ex fiscaliano, consejero del Príncipe en el período más negro de la historia nacional en el siglo XX, y árbitro de fútbol para más remate.

En el cielo se lo deben estar pensando bien antes de abrirle la puerta al beato chileno.

DETENIDOS DESAPARECIDOS



VIVIENDO A TODO COLOR

por Mayenei Valdés, la hija

No, no me olvidó! La ternura de tu fuerza! La esperanza que me dejaste! Esa manera de vivir! Esa lucha que has en tí! De los escombros que el pasado ha dejado! Tu nombre emerge...! Nadie está olvidado! En ese muro quedó escrito! Que la vida no se va.

Estas líneas son parte de la canción que Mayenei Valdés -vocalista de Mamma Soul- escribió para su papá. Juntos, se dedicaban a llenar de mensajes a color los muros de la dictadura. Precisamente en eso estaba Raúl Valdés Ponce, el sábado en que un certero disparo por la espalda acabó con su especial manera de vivir la vida.

El año que vino el Papa a Chile, a mi viejo se le ocurrió hacer unos panfletos del tamaño de un billete de laca. La gente los veía tirados en la calle y se agachaba a ir a recoger. Cuando los tenían en la mano, echaban que tenían la cara de Pinochet dibujada en estilo comu.

Desde muy chica yo salía a pintar murales con mi papá. Él era director de brigada, con una pintura negra hacia unos trazados gigantes en la muralla y después uno se dedicaba a rellenar su pedazo de la obra.

En la casa había un escritorio lleno de dibujos que había hecho con sus compañeros cuando recién después del golpe estuvo preso en Chacabuco. Aunque era muy chica cuando los vi, caché todo. Era como ver un álbum fotográfico, pero dibujado, que mostraba todo lo pasaba en un campo de concentración.

Mi viejo vivió la muerte y la tortura tan de cerca en ese lugar que una vez mueta, quiso ahorrarse a la tortura y eschar raíces con su familia. El y mi mamá daban todo por la causa, por eso se quedaron en Chile aperrando y trabajando duro, siempre juntos.

En Chacabuco, mi papá aprendió a cocinar. Preparaba unos guisos y buñines de verduras súper extraños. Los fines de semana nos despertaba con unos desayunos increíbles, unos tremendos nuevos revalos con todos los ingredientes del mundo. Después nos levantábamos y nos íbamos de excursión a las montañas, a amarrábamos horas y horas.

Un sábado me invito a tirar plantillas, que eran esos moldes a los que se les tira spray y queda el dibujo hecho en la muralla. Yo iba a todas con él, pero justo ese día me quedé en la casa de unos tíos porque se había organizado una fiesta familiar en honor a mi primo recién nacido. Mis papas nos pasaron a dejar y seguimos tirando las plantillas. Quedaron en volverse a tomar once.

Empecé a descubrir y mis tíos estaban chonados, pensaban que los habían dejado papado con la once. Me fui al baño, miré por el hoyo de la cerradura y vi a mi mamá entrar llorando. Fue a abrazarla, no sabía qué había pasado, sabía que había que llorar no más. Nunca alguien me dijo que habían matado a mi papá.

Más tarde, mi viejo nos contó que estaban pidiendo en el barrio Brasil cuando en la calle Catedral salió un guardia de los estudios Kreutzberger y empezó a pegarle. Era las 4 o 5 de la tarde. Mi viejo la tomó del brazo y cuando arrancaban, el tipo sacó una pistola y les disparó por la espalda. Era el 8 de julio de 1983. Ese guardia resultó ser René Poblete Vega, de la empresa de seguridad Centinel, de propiedad de Manuel Contreras, y el arma con que disparó estaba inscrita a nombre de René Kreutzberger, hermano de Don Francisco. Le dieron tres años de cárcel al asesino de mi papá. A los días, ya estaba aturda. Por más que lo intentamos, el Informe Rettig no consideró el caso como una violación a los DDHH, cometida durante la dictadura, porque el tipo que disparó no era uniformado.

Así se desarmó mi familia. Esvolvimos largo tiempo con los días nublados. Yo no quería vivir, me fui de la casa a los 15 años y viví muchas cosas poco comunes para gente tan joven. Ahora tengo al Nesto, mi hijo, también tengo la música y al Felipe, mi pololo, pero muchas veces me dan ganas de despertar y ser chica de nuevo, que esté el desayuno listo, bañarme, vestirme y salir a pintar con mi viejo.

INGENIERO CIVIL INFORMÁTICO, CIVIL INDUSTRIAL O COMERCIAL.
Para Gerencia de Cuenta del área informática, con experiencia en cargos similares, o en jefaturas de proyectos informáticos.
De preferencia egresado de universidades tradicionales.
Enviar C.V. y carta de presentación, indicando pretensiones de renta a:
Rancagua 0278 - Providencia



INGENIERO CIVIL INFORMÁTICO
Para cargo de Ingeniero de Preventa, con experiencia mínima de 2 años como analista, diseñador y programador. Conocimientos en plataformas de desarrollo de software.
De preferencia egresado de universidades tradicionales.
Enviar C.V. con pretensiones de renta a:
Rancagua 0278 - Providencia.



LA TENEBROSA HUELLA DE LA COLONIA EN EL CHILE ACTUAL

por Andrés Aguirre

Santiago colorea la forja su identidad en medio de los temidos dictámenes de la Santa Inquisición. Una sociedad conservadora de terratenientes apegada rigidamente a los preceptos de la iglesia. Matrices sociales y morales que sobreviven en nuestro país como en ningún otro y que se contradicen vergonzosamente con sus empeños de nación moderna y democrática. Rasgos estos que se expresan, no solo pero sí con mayor fuerza y emvergadura, en ciertos grupos sociales casi siempre ligados al poder económico. Inflexibles y temerosos herederos de los peores principios que fundaban la vida social del siglo XVIII. En aquellos grupos, o, distingámonos con mayor precisión, familias, ciertamente, lo que habita y perdura es el miedo. Miedo al cambio, miedo a perder privilegios y poder, miedo a la diferencia, miedo a lo nuevo, miedo incluso a la razón, pues la inteligencia crítica es el enemigo más subversivo, poniendo siempre en jaque un orden anquilosado tejido en una seguridad sorda y ciega. Nada muy lejano, por lo demás, a las raíces ideológicas del fascismo: el culto desmedido a la tradición, el mismo miedo a la diferencia que conlleva la represión del disenso, el desprecio a los débiles (aunque solapadamente) y el empobrecimiento del lenguaje como una forma de limitar el pensamiento crítico. Pero escogamos arbitrariamente y ejemplifiquemos con una familia tipo, portadora de este perenne resistente y ortodoxo, anclada en los estigmas morales y sociales de la herencia colonial, principal escollo para que nuestro país se transforme en una sociedad más igualitaria.

Empuñamos con el pater familias. Este hombre está generalmente ligado a las grandes empresas, estudio económico en el extranjero y su vida discurre entre reuniones de directorio y generosas importantes que les toman casi todo el día y a parte de la noche. Todo en pro de la familia y el progreso -algunos de verdad lo creen- del país. Su gran tema de conversación es la fluctuación de la bolsa de valores. Los fines de semana los dedica a sus innumerables hijos, a los que atiende con devoción. Su vida, se reduce, la mayoría de las veces a ir de la oficina al hogar. Trayecto bastante largo dado que su casa se ubica en un lugar separado de los peligros de la ciudad, en una arrulladora burbuja, lejos de la maldad y la inmundicia del mundo. Ir al centro de la ciudad con la familia es una excursión turística, algo así como el primer viaje de estudio del niño a un país exótico.

La madre, luego de estudiar alguna carrera, se dedica a criar a un innumerable prole. Luego, según sus inclinaciones, se aboca a la beneficencia o a alguna expresión del arte: escribe versos que publican en costosas antologías directamente proporcionales con su escasa calidad (casi siempre las financia el marido); también pinta y cree que hace arte, cuadros decorativos que a veces se venden en alguna exposición donde solo van los amigos del marido, y las de ella, claro. Uno sospecha de esta «artista» cuando se le encrespa el pelo ante alguna manifestación homosexual (la droga y el SIDA son castigos de dios o la manifestación directa del demonio). Ella es también la encargada de acarrear a los vestigios a misa los domingos. En estos casos lo importante es cumplir con las mandamientos, sobre todo el de la castidad. Ser fiel a las formas es lo importante (el «qué dirán» aun es institución nacional), la compasión y la solidaridad verdadera escasean.

Ciertamente, la influencia nefasta de cierta parte de la iglesia en la proyección de una moralidad que perpetúa valores que cada vez tienen menos sentido en una sociedad abierta y moderna, así como la insensibilidad de aquellos que resquebrajando sus sólidos intereses viven desconectados de esa otra realidad, la que produce los problemas morales y sociales, es un ejemplo de una estructura colonial que se resiste a liberarse de los propios de una nación imperialista, pluralista y heterogénea.



DETENIDOS DESAPARECIDOS

SERGIO

por Lucía Seguel, su madre

NOMBRE: Sergio Enrique Gutiérrez Seguel.
EDAD A LA FECHA DE LA DETENCIÓN: 18 años.
DOMICILIO: Lord Cochrano 1824.
OFICIO: Estudiante y aprendiz en la zapatería de don Juan Bata.

Sergio tenía 16 años y decía que era extremista. Lo tuve a los 16 años. Su padre era músico y como tal, un poquito mujeriego. Decidí separarme de él, y al tiempo murió de cáncer. Con los años, encontré otra pareja, con la que crié a tres hijos más. Sergio amaba a esos niños. Quería tanto a sus hermanos que mientras yo trabajaba, él se quedaba cuidándolos. A veces los sacaba a pasear al Parque O'Higgins y jugaba con ellos tardes enteras.

Conmigo era un buen hijo. Como yo era tan joven cuando él era niño, la gente nos quedaba mirando y decía por detrás, mira la vieja con el cabro tan chico. Y cuando escuchaba eso, el más me abrazaba y me daba besos. No importa viejita, que hablen no más, decía.

Para el Día de la Madre nunca dejó de llegar con un «engañito» hecho en clase de artes plásticas. También me regaló un prendedor con dos indiecitos incrustados en oro y plata, que compró con el dinero que ganó trabajando con don Juan Bata.

El día viernes 18 de enero de 1974, me pidió permiso para salir. Iba con cuatro amigos, de los que finalmente quedarían tres: Ramón, Domingo y Sergio. Todos ellos eran del liceo Barros Borgoño. Caminaban por un pasaje, cuando se les cruzaron dos individuos.

«¿Qué andan hueviando los conchales de su madre?», les gritaron.

«¿Por qué me sacai la madre? ¿qué te hecho yo?», respondieron ellos.

Cuando les sacaron la madre, los chiquillos empujaron al hombre -que dicen- andaba curado. Éste se derrumbó y su compañero sacó una identificación. Ambos eran carabineros vestidos de civil. A los pocos segundos golpearon una puerta y abrió un señor de apellido Tijerina, un detective jubilado. Los carabineros le pidieron el teléfono para denunciar que los acababan de «cogotear» unos extremistas.

«¿Aló? ¿Regimiento Tiena? Unos extremistas huieron después de herirnos».

«¿Necesitanos refuerzos?», dijeron por el auricular. El señor Tijerina juró que nunca vio sangre y que uno de los hombres se cubría con un pañuelo blanco, alegando dolor. Pronto llegó un contingente armado. Dicen que se oyeron 22 disparos y que obligaron a salir a todos de sus casas para rastrear a los extremistas. Los chiquillos se escondieron en un horno de panadería.

«¡Y! acá deben estar fundeado los hueones», dicen que dijeron, mientras abrían las puertas del horno.

Mientras, los otros milicos tenían a los panaderos de nudos contra la pared. Hay que imaginarse como iba la harina por la fábrica, mientras eso que pa-

recía una pesadilla, ocurría de verdad. A una de las chiquillas que trabajaba en la panadería -María- se le ocurrió preguntar por qué hacían todo eso. La mandaron a callar bajo amenaza de ametrallarla en la cara. Ella me contó después que los niños gritaban ¡Mamita! ¡Mamita! ¡Mamita! Cuando los sacaron, los colgaron de cabeza en el furgón. Una señora que observaba desde la ventana del frente -por San Diego- gritó ¡¡¡¡¡ASESINOS!!!!!! Y le dispararon.

Al otro día, como a las ocho de la mañana, una mujer golpeó la puerta de mi casa y me dijo que se habían llevado a mi hijo a la 4ª Comisaría. Salí corriendo y cuando llegué a esa comisaría me cerraron la puerta en las narices. Me dijeron que no era posible ver a la gente que estaba detenida. Por más que grité, no me hicieron caso. Decían que estaba loca.

Al día siguiente fui a buscar a las madres de los amigos de mi hijo. María, la mamá de Domingo, no podía creer que los milicos podían estar metidos en esto. Me dijo que había donado todas sus joyas para la «reconstrucción nacional». La dictadura, a cambio, le había dado un trébol que era «una protección bajo cualquier circunstancia», según les aseguraron. Ana, la madre de Ramón, también creía que era una mentira. Decía que ella también había donado sus joyas, pero que no le habían dado el famoso trébol. A esa altura, ya agarraba de las mechas a estas señoras -ahora somos bien amigas- y les decía que lo único que yo le podía dar a la dictadura eran mis piojos, porque los asesinos no merecían más que mugre. Sergio, cómo te he buscado, hijo.

Una vez, creo que estuve cerca de ti. Estaba esperando en el Estadio Nacional como en tantos otros lugares donde seguí tu rastro. Ahí estaba cuando salió una señorita de la Cruz Roja y le pregunté por tí. Parece que estabas ahí dentro. La señorita me dijo que te iba a buscar, pero nunca más salió. La esperé toda la noche. Y al otro día, y al otro. Y al otro...

También te busqué en la Morgue. Quiéntas veces entré a ese lugar, porque tenía un amigo que trabajaba allí. Eran tantos los muertos. Tantos los cuerpos dispuestos sobre canillas o en gavetas. Cubiertos. Desnudos. Acribillados. Reventados. Sin rostros.

Yo, les abría la boca para buscar tus dientes perfectos. Pero ninguno tenía tu boca. En una oportunidad, se me desgarraron los dientes de un muerto en mi mano. Tuve que volver a abrirle la boca para devolver a su sitio los dientes derribados. Recuerdo que había allí unos sacos negros. Mi hermana una vez me acompañó y los vio también.

Hace pocos días, ella me llamó por teléfono y me preguntó si acaso había visto esos sacos negros que salieron en la tele cuando encontraron osamentas de detenidos desaparecidos. Esos sacos son los mismos que estaban en la morgue. Contenían huesos triturados. Así los hicieron desaparecer. Ellos eran los extremistas...

EL CUARTO REICHO

ISRAEL

Deutsche!
Wehr Geck!
Kraft nicht bei Juden!

Deutsche!
Wehr Geck!
Kraft nicht bei Juden!

Tinta Roja

por Roberto Brodsky

dejado de sentir una irredentibilidad por saber en qué año esto me viene de lejos, pero no hay un órgano oficial ni un periódico que me diga cada tanto lo titulado. La razón es muy a del único periódico que para llegar a los lectores influencia política. Otros nacionalismo, a la interpretación de los acontecimientos o el vespertino dirigido por el Decano no ha dejado con sus gloriosos titulares enemigo interno. Tampoco es los lectores con más de empuje dejado nunca de cuidar de La Segunda como fuente enroscada en su jawerla por fuera ya es suficiente que el veneno sirve ta.

ntes cantan victorias, tiradas de dinero para informar a un decir sobre la orden de la Pinochet, como inculte cincuenta años, malos escuajo bajo la denominada Camuerte. Si el periódico se ido algunas horas en el diñalista que hace una sensaconfesión de los militares ino de los desaparecidos, enmendado el rumbo con ceutra, del tipo «Ex general», por poner un ejemplo or a su estilo. En cambio ue Augusto había sido responsable de los hechos or la justicia, y apuntó más r carnavalesco y minoritario querellantes estaban que un grupo de abogados es particulares estaban a decisión que obviamente, si rmina siendo el tiempo de

unos pocos contra el interés del país). Para demostrar su firme decisión de llevar la deshonestidad hasta la amenaza pura y dura, la tarde subsiguiente La Segunda volvió a la carga: «Quien siembra vientos cosecha tempestades», rezo la portada, reproduciendo las palabras del Almirante Arancibia, quien se lamentaba amargamente de que a Allende le levantarán estatuas mientras a Pinochet lo encausaban.

No hace falta pasar por un curso de periodismo para retener el mensaje. Desde las prácticas bolcheviques de agitación y propaganda, hasta los instructivos de Guebels para mentir y mentir no importando las consecuencias, de lo que se trata una vez más es dar señales de guerra, alimentando las supersticiones que la sostiene. De esta forma, la noticia no es que Pinochet haya sido declarado reo; no es que los militares reconozcan haber tirado cuerpos al mar de un modo premeditado y sistemático; no es que un ex general se quebre ante las cámaras de sólo recordar lo ocurrido en el pasado; no es que se sepa de qué terror salimos ni tampoco, por cierto, hacia dónde no debíamos volver más. Para La Segunda, la gran noticia de las últimas semanas es que los vamos a engar de nuevo si siguen celebrando; vamos a volver a pisotearlos si continúan alzando la voz; vamos a extenuarlos como ratas otra vez, en definitiva, si siguen ganando.

Sin embargo, es imposible no celebrar cuando se gana o llorar cuando se pierde. «Cómo terminar, entonces, con este estado de cosas donde el agotador escenario pinochetista obliga a unos y otros, ya que «no sólo representa diferencias de opiniones sobre un tema, sino que es caldo de cultivo para el fomento de las animosidades», según dice el Almirante Arancibia en su advertencia nada solapada?

Se me ocurre una solución para el Almirante, para la prensa carnalmente reactiva a cualquier verdad sobre la dictadura, para todos los simpatizantes del ex general e incluso para muchos de sus detractores: que el anciano reo haga contra Allende y se pegue un tiro. Quizás también entonces tendría el su estatua. Pero para eso, claro, primero debe demostrar que se la puede con la pistola y no en calveza ajena.

DETENIDOS DESAPARECIDOS



LINGOYÁN

por Marisol Berrios, su hija.

Algarrobo, 1965. En esta foto mi papá está al centro. A su derecha, mi mamá. Una de las niñas que mi padre toma de la mano soy yo y la otra, mi hermana Pamela. Las demás jóvenes en traje de baño son mis tías.

Después de ésta, muchas veces más fuimos a la playa. Levantábamos unos colchones para cobijarnos del sol y prendíamos una fogata para hervir las conchas. Mi papá y mi hermano Pancho armaban un equipo de fútbol y yo con mi hermana, otra. Aunque nosotros le poníamos todo el empeño, era de esperarse que nos metieran 60 goles. Eran muy fuertes y cometían todo tipo de faltas. Había un árbitro invisible que se hacía el loco, me no mostraba ni tarjetas amarillas ni más, por más que alegábamos yo y mi hermana.

Una vez en Santiago, mi padre organizaba unos almuerzos familiares apocótecos. Cada uno aportaba con su especialidad: ensaladas, postres, jugos, vinos. Lo que más esperábamos nosotros los chiquillos, eran los picarones que hacía mi abuela. Los grandes comían en el mesón gigante y los chicos, en la «mesa del pellejo». En esas fiestas en la Villa Mañul, el show estelar era la imitación de los Beatles que hacíamos yo y mi hermana. Mi padre era el presentador y el que más se reía con nuestro «Yehú Somarín». También entraba al espectáculo el compadre «Chiporro» con el tema «López Pereira» de Los Chalchaberos.

En esas comilonas, mi papá contaba que al balneario había sido una vieja muy chucha, que anduvo detrás de Recabarren cuando éste se fue al norte a revolver el desierto con ideas comunistas. Mi viejo también decía que el tenía el espíritu rojo, porque, además, le asesinaron a unos tíos en «La Matanza de La Comuña». Ese tiro lo en una oficina saliterra ocurrió en la misma época de la «Matanza de Santa María». Por esas ma-

cas, mi padre se inscribió a los 14 años en el PC.

El partido era como nuestra casa. Los viejos eran chorros y yo los quería como si fueran tíos de verdad. Tiraban tallas y se reían a cada rato. Una vez yo acompañé a mi padre a la oficina de su jefe en la Caja de Empleados. En una pared estaba colgada la foto de un señor con barba. ¡Mira papá, el camarada Lenin! le dije yo para risa de los viejos... el barbucho era Arturo Prat.

Mi padre, además de risueño era un negro dichoso, coqueto y apeteído por las mujeres. Pero, a pesar del acoso, amaba a su «Rebecita». Mi madre era una beata católica que lo «obligó» a casarse por la iglesia. Él, de tan enamorado prometió amarla para toda la vida ante un Dios en que no creía. Las hermanas de mi madre también eran muy pechoñas, pero querían tanto a mi padre que igual votaron por Allende. Él ni siquiera se los insinuó, porque se respetaban en sus ideas. Incluso, una vez que mi padre pasó por El Vaticano en una de sus giras por la dirigencia sindical, les trajo una imagen del Papa.

El día que se llevaron a mi papá se iba a juntar con Horacio Zepeda en la Retondu La Plaza de Ñuñoa. Nunca más los vimos. Hoy, luego de 24 años, dicen que los restos que encontraron en Cuesta Barriga pueden ser de ellos y de otros diripentes sindicales. Esperamos semanas bajo un pino en esa cuesta que no nos era extraña, porque ya habíamos estado allí por una investigación previa. Los trabajadores que remosían la tierra nos construyeron un asiento para que pudiéramos esperar más cómodas. ¡Gracias por la banqueta!

ofreció a la Claudia quince mil pesos para que ambos fueran hacia el sector de la cuesta Barriga y tuviesen sexo. En la mente del cazador existía un elemento perturbador: Tiempo atrás había sufrido una traumática experiencia con otro travesti. El hecho provocó en Alejandro un deseo incontrolable de venganza y vivió en Claudia, la persona que podía pagar el precio de la afrenta anterior.

El viaje entre el nudo vial de Vespucio con Gran Avenida y el fundo Chorrillos, en Curacaví, lugar donde en definitiva llegaron Alejandro y Claudia, se extiende alrededor de una hora y veinte minutos. La pareja se bajó del auto y antes de enfrentarse cara a cara con los tres hombres que lo esperaban, Alejandro Vázquez gritó:

«Cabros, aquí les traje unas botellas de pisco y un maricón para divertirnos».

Los tres hombres eran lugareños del sector, gente joven, sin educación y ávidos por entretenerse en lo que fuera. Sus nombres: Miguel Ángel Romero Coa, de 30 años, y los hermanos Carlos Alberto y Luis Humberto Rodríguez Guajardo, de 28 y 26 años, respectivamente.

En ese momento y durante la madrugada del viernes 7 y el sábado 8 de julio, la Claudia fue violada.

Pero lo peor no había pasado. Luego de la sodomía, los cuatro hombres tenían un pequeño descanso. De pronto Alejandro Marcial Vázquez Arratia fue a su auto y de allí sacó la escopeta, la cargó. Uno de los hombres o el mismo Vázquez Arratia ató las manos de la Claudia.

«Píde tu último deseo, maricón», le dijo.

Y le ordenó correr. La Claudia, aterrada, sólo atinó a escapar. Con los tacos altos puestos sólo podía hacer un vano intento por huir. Luego Alejandro Marcial Vázquez Arratia hizo pasar la primera munición de la escopeta. Apuntó hacia la espalda de la Claudia y disparó un tiro. La Claudia cayó pesadamente al suelo. Entonces otro de los hombres se acercó al cuerpo agónico. Esta vez los dos disparos fueron hechos a la cabeza y con precisión.

La Claudia ya no respiraba. Y Alejandro Vázquez miraba satisfecho.

La cacería había sido un éxito.

Acto de honor

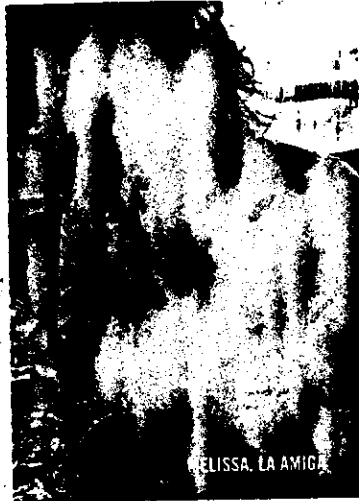
La señora Aida Silva Palominos tiene 71 años y por un problema en sus articulaciones, está inválida. De hecho, tiene estrictos horarios para ir al baño, ya que de otra manera su esposo, Luis Armando Moya, no tendría el tiempo para ayudarla. La señora Aida Silva, además, es madre de Nelson Gregorio Moya Silva: La Claudia.

Luego de que la desaparición de su hijo era un hecho, la señora Aida solo esperaba lo peor. En conversaciones con su hija, ésta le había advertido de la peligrosidad de su trabajo. No era descabellado que un día no llegara más. Y frente a esa realidad debían estar preparados.

Pero en el momento en que les llegó la confirmación de que la Claudia era el travesti encontrado en Curacaví, su mundo se cayó en pedruzcos.

«Yo siempre la esperaba a tomar el té los días sábado», dice, mientras abre y cierra unos imponentes ojos azules. «Me levantaba y la esperaba en la mañana, cuando ella llegaba de su trabajo. Mi Claudia siempre nos ayudó en todo. Era el sostén de la familia, que más puedo hacer».

Después de reconocer el cuerpo, la familia llevó los restos desde el hospital de Curacaví hasta su hogar, en la Villa El Cardenal.



MELISSA, LA AMIGA

En una rápida acción, la Brigada de Homicidios de Valparaíso detuvo a los cuatro cazadores, individualizando al líder y al otro hombre que remató a la Claudia. El Traves Chile, la asociación de travestis, encabezada por Silvia Parada, hizo una conferencia de prensa denunciando el hecho y algo de polvareda levantó. El caso, en tanto, está siendo llevado por el Juzgado del Crimen de Casablanca. Hoy se encuentra en etapa de sumario.

El día jueves 12 de julio, luego de dos días de velatorio en casa de su madre, Claudia fue llevada al Cementerio Metropolitano, lugar que queda en el radio de acción de las travestis de carretera. Acompañada de algunas compañeras, de sus padres, hermanos y amigos, la Claudia fue llevada al final de los nichos, en el pasillo "Z".

La Melissa, cuyo nombre de travesti es otro, pero decidió cambiarlo para este reportaje por temor a alguna represalia, no trabajó ni sábado ni domingo. El martes, cuando su amiga era velada en la Villa El Cardenal, decidió trabajar otra vez en Vespucio con Blas Vial. Debía hacer el dinero para comprar una corona.

«El entierro fue bonito. Pero cuando estábamos trabajando con la Claudia, quedamos de acuerdo en una cosa. Si una de las dos moría, la que quedara viva debía hacer un acto de honor», dice Melissa mientras observa la televisión. «Y es muy simple: a la hora de despedirla, que no se hablara de un hombre sino que de una mujer. Que se hablara de la Claudia. Por eso fui y mandé a hacer una corona que sólo dijera su nombre: Claudia, nada más. Porque ese es el deseo de todo travesti: morir como mujer».

Melissa toma su pelo rubio teñido. Observa que en la escena de la teleserie los protagonistas están a punto de ser linchados porque creen por error que son gays.

Son cerca de las 21 horas y sobre Villa Las Amazonas y Avenida Lo Blanco la oscuridad le gana a los escasos focos encendidos. Melissa comienza a prepararse para una noche más en Avenida América Vespucio con Blas Vial. Esta vez, sola.

DETENIDOS DESAPARECIDOS



COCINANDO CON CANO

por Amanda González, la mamá

Alejandro Parada González, tenía 22 años cuando un ruidoso operativo militar lo sacó semidesnudo de su casa. Estaba recién casado y faltaban dos meses para el nacimiento de su hija. Aunque su mamá lo recuerda medio desahogado de voz, siguiendo la pista de su hijo desaparecido, hace algunos años se enteró que el «Cano» se hizo famoso como intérprete del tango Cambalache cuando estuvo detenido en Londres 38.

De chico, el Cano era parlanchín y terriblemente metepatas. Cuando llegaban sus tíos de visita me hacía pasar una planchas tremendas. Se ponía en actitud, con las manos detrás de la espalda y se largaba a preguntar de todo, era cargante, no dejaba a la gente tranquila.

Fue mi ayudante número uno en la cocina, especialista en batir y rallar. El merengue le quedaba de lujo y a diferencia de mí nunca se hizo tiras los dedos con el rallador. A veces buscábamos unas recetas bien raras y nos afanábamos para que quedaran perfectas. Él era el encargado de medir todos los ingredientes con la mayor exactitud. Si en la revista decía: «hasta obtener una masa de un centímetro de grosor», lo tomábamos literalmente; el Cano partía a buscar la huincha y medíamos milímetro a milímetro.

Aunque era bien loro de chico, cuando creció se puso retraído, siempre estaba leyendo o escribiendo. A pesar de que era muy buenzmozo -alto, con unos ojos intensamente azules y unas manos hermosas- no le conocí ninguna polola. Eso sí, le gustaba mucho la vecina. Me acuerdo que su ventana estaba justo frente a la de ella, así que se sentaba en su escritorio a mirarla. Sus hermanos llegaban a acusarlo: ¡Mamá, el Cano ya está mirando a la Minka!

En el liceo, iba bien seguido a las marchas. A mí, me encantaba que participara, aunque entre el trabajo y mis seis hijos nunca estuve muy al tanto de lo que pasaba. Yo creo que por ahí se fue vinculando con la política, además tenía unos tíos que eran bien comprometidos. Cuando entró a la Universidad de Chile a estudiar veterinaria, ya militaba en el Partido Socialista, hasta tuvo un cargo en su facultad.

A los 21 años nos dijo que se casaba con una compañera de partido. Ya era diciembre del 73, así que, por seguridad, no era mucho lo que se podía celebrar. Fue la única que los acompañó en la ceremonia. Se casaron y pasamos a un local donde brindamos los tres solos con una bebida. Un par de meses más tarde, llegó una carta de los militares que decía que el Cano se tenía que presentar en un cuartel. Anduvo medio escondido, hasta que el 30 de julio a las tres de la madrugada lo fueron a buscar a su casa en Cerrillos.

Fue un operativo bien grande, con balazos y mucho ruido. Lo sacaron en calzoncillos a la calle. La Ana, su señora, gritó tanto, que lo hicieron volver a vestirse. Ya venía todo ensangrentado con los codos y las rodillas peladas.

Se llevaron todo, el instrumental que le habíamos comprado para sus clases de veterinaria, las cajas con cosméticos que vendían para hacer algo de plata...

Al principio yo estaba desconcertada, no sabía lo que estaba pasando, pensaba que contratando a un detective privado lo encontraríamos de todos modos. De a poco me fui dando cuenta, supe que estuvo detenido en Londres 38, donde, a pesar de su timidez, los entretiene a todos cantando «que este mundo fue y será una porquería ya lo sé...»



AIDA, LA MADRE